



TOMO II. 23 de Julio de 1844.

Palmera silvestre.

20

HISTORIA NATURAL.

LA PALMERA SILVESTRE.

El estudio de la palmera ofrece gran dificultad, porque todas á escepcion de una sola clase son estrañas á los climas de Europa. Estos árboles son generalmente de una elevacion estraordinaria, y su flor y el sabroso fruto que prestan se desarrolla en la parte mas superior de su copa, lo que hace tambien peligrosa su recoleccion. Crecen muchas veces en medio de los bosques mas impenetrables, subdividiéndose en un número infinito de distintas especies, siendo por tanto una consecuencia natural de los muchos inconvenientes que ofrecia su estudio, el que hasta estos últimos tiempos se haya carecido de datos exactos. Entre las colecciones que poseen los gabinetes científicos existian diversas clases de frutos; pero no tenian seguridad acerca de ninguno de los detalles relativos á su patria, figura de las hojas y particularidades de las especies á que pertenecian. Esto era porque no obstante se cultivan inmediato á alguna de nuestras costas un crecido número de palmeras, vegetan con dificultad y á penas hay algun punto y algunas especies tambien que prosperen, y cuyos frutos obtengan un entero estado de madurez. De consiguiente no es bastante la variedad de las especies que poseemos para conseguir el hacer un estudio completo fuera de los parages y de los climas protectores de este árbol.

La palmera se presenta ya como un árbol soberbio y magestuoso cuya altura escende de cien pies, ó ya tambien, aunque no es tan comun, como débil arbusto cuyas hojas forman una especie de corona en su parte superior.

Las palmeras son por si solas el mas bello ornamento de la vegetacion intertropical. Solo estas regiones pueden considerarse como la cuna y verdadera madre

patria de esta interesante produccion del sistema vegetal. En el hemisferio boreal, segun las observaciones hechas por uno de los profesores estrangeros de mas reputacion, no traslita este árbol el trigésimo quinto grado, mientras que se estiende hasta el cuádragesimo en el hemisferio austral. Cada especie de palmera en general tiene sus limites naturales y determinados, fuera de los que se la encuentra muy rara vez. Así que en cada parte del globo se hallan especies particulares que forman una familia diferente que se distingue por alguna de las circunstancias de su vegetacion.

Sirve de cabeza á estas cortas líneas un grabado que representa una palmera en su estado natural, reproducida fielmente de una de las láminas litográficas que ha publicado un célebre viajero, y he aqui tambien de paso como se esplica su autor en un párrafo de sus viajes, por lo que toca á esta clase de árboles: generalmente dice, se representa siempre pelado el tronco y ostentando en su estremidad los vistosos y encorvados ramos que sustentan los sabrosos dátiles; sin pararse á considerar que toda esta elegancia es solo producto del arte, y que la naturaleza menos presumida que los hombres solo ha procurado su conservacion. La lámina representa con exactitud la palmera que desarrollándose año por año se ha ido formando una fortificacion natural con las palmas secas, entre las que se sustenta, pudiendo decirse que renace ó se reproduce entre sus mismos despojos. Descuidadas por el árabe del desierto que considera el cultivo de la tierra como una ocupacion que rebaja su dignidad, llegan las palmeras á formar bosques impenetrables. Otras veces y mas frecuentes se eleva solitaria y triste cerca de un manantial como representa el grabado, que sirviendo de faro bienhechor, revela al fatigado viajero ha encontrado ya el agua que ha de apagar su sed, y sombra á la cual puede procurar un dulce descanso á sus miembros.

ESTUDIOS HISTORICOS.

GLORIAS DE ESPAÑA.

La conquista del Perú.

I.

Doce generaciones hacia que se perpetuaba el dominio de los Incas del Perú, imperio el mas poderoso, el mas civilizado y floreciente de la América meridional, cuando ascendió al trono el príncipe Huayna Capaz, de quien todos se prometian las mas felices empresas. El orden que reinaba en el imperio, y los progresos que en él habia hecho la industria humana, para la perfeccion y comodidades de la vida social, no satisfacian el ardor belicoso del príncipe. Se hallaba ademas agitado por el deseo de proseguir y terminar las conquistas que con felices auspicios habia hecho su padre Tupac Inpanqui, correspondiendo así á su voluntad espresada antes de morir. Ni podia él de otro modo manifestarse digno hijo del Sol, mas que estendiendo sus civilizadas escursiones á los pueblos que vivian en un estado de barbarie, puesto que la principal obligacion que se decia impuesta por el Sol á sus hijos los Incas, era hacer la felicidad de los hombres. La fortuna del padre

favoreció tambien al hijo en sus empresas. No solo sujetó las tribus que le habian sido rebeldes y llegó en sus escursiones hasta las costas del mar Pacifico, sino que incorporó definitivamente al imperio, el rico y poderoso reino de Quito, objeto antiguo de la ambicion de los Incas. La alegría de estas victorias, acrecentada con el nacimiento de su hijo heredero á quien llamaron Huascar, se celebró en el Perú por medio de unas fiestas cuyo recuerdo se ha perpetuado como el testimonio mas grandioso, aunque el postrero, de la magnificencia y poder del imperio.

Antes de que el Sol saliese en el dia de la ceremonia, el Inca con todos los de su comitiva ostentosamente vestidos y colocados por edad y categoria, se hallaba en la gran plaza de Cuzco. Allí con los pies desnudos fijaban sus ojos en el oriente y apenas el Sol se manifestaba, cuando todos incaban la rodilla, y con los brazos estendidos hacia él, le enviaban besos y le aclamaban por su dios y su padre. El emperador se levantaba solo, y tomando en su mano una gran copa llena de la bebida favorita del pais, hacia el ademan de ofrecérsela al Sol, quien se suponía que aceptaba la ofrenda y correspondía á ella, pues como emanacion suya se distribuía aquella bebida á los principales asistentes antes de ir al templo.

Aunque en todas las provincias del imperio del Perú habia templos del Sol adornados con incomparable magnificencia, ninguno era tan rico y suntuoso como el de Cuzco, donde todos los habitantes habian aglomerado con profusion sus riquezas en obsequio del Sol y de los Incas sus hijos. Las cuatro paredes estaban revestidas de planchas de oro, cuyo metal brillaba tambien en las junturas de las piedras, y ademas habia otra placa ó faja de oro de una vara de ancho, que rodeaba el templo por lo alto de la pared y aun cenía las de la galeria que le daba vuelta. Las puertas, de las que la principal daba al norte, estaban revestidas de planchas de oro. En el testero del templo, que daba al oriente, se veia la imagen del sol representada por un globo macizo de oro con rayos y flamas del mismo metal incrustadas de pedreria. Al rededor de la galeria del templo habia capillas ó pabellones cuadrados con cúpulas piramidales. El primero y mas inmediato al templo, estaba consagrado á la Luna como esposa del Sol. Todo su recinto estaba guarnecido de láminas de plata, y el globo de la Luna, tambien de este metal, era lo mismo que el del Sol, para que ambos con sus colores y brillantez imitasen los ca-

racteres de los astros que representaban. Habia ademas capillas destinadas á el lucero de la mañana, á las constelaciones y estrellas que se reputaban como criados del Sol, y hasta para el relámpago y trueno que eran sus ministros; pero entre todas estas capillas de segundo orden, ninguna era tan vistosa como la consagrada á el Arco Iris, que como procedente del Sol estaba tambien en gran veneracion. Ademas de los adornos de oro de la capilla, se veia la imagen del Arco luminoso de pared á pared con los vivos esmaltes de sus colores copiados del natural. Las habitaciones del gran sacrificador, de los sacerdotes y de las vírgenes del templo, participaban de esta opulencia extraordinaria presentando tal vez el mayor conjunto de riqueza que se ha conocido en el mundo.

Doscientos pasos antes de llegar á la puerta de este templo, se descalzaba el séquito del emperador que seguido de los Incas podia solo penetrar en él. Los demas se quedaban fuera como indignos y entregaban sus ofrendas á los sacerdotes. El emperador puso en manos del gran sacerdote el vaso con que habia hecho la primera ceremonia y luego prosternado ante la imagen del



El templo del Sol.

Sol le rindió adoracion. Despues el gran sacerdote le hizo reparar en los cuerpos de los reyes sus antecesores dispuestos por órden de antigüedad en dos filas á el lado de la imágen del Sol, y tan perfectamente embalsamados que parecia que estaban vivos.

—Inca, le dijo, solo los que por sus virtudes sublimes y sus cualidades dignas de un gran rey han merecido la gratitud de sus pueblos durante su vida, vienen aqui despues de su muerte á colocarse frente á frente al Sol como sus hijos queridos.

Entretanto los ministros del templo habian preparado lo necesario al sacrificio, que se hacia con animales domésticos, legumbres y frutos, porque las divinidades y las leyes del imperio escluian las victimas humanas. El gran sacerdote presentó á los rayos del Sol un vaso cóncavo metálico de extraordinario pulimento, los rayos solares se concentraban en el fondo de este vaso en un foco, donde puesto un poco de algodón se encendia al momento. Con este fuego se quemaba el corazon y la sangre de la victima y luego se conservaba todo el año con el mayor esmero por las vírgenes del templo, que hubieran espiado cruelmente el dejarle apagar. En aquella ocasion no ardió tan pronto el algodón como acostumbraba, por lo que admirado el gran sacrificador levantó los ojos al cielo y vió que el Sol que habia salido por la mañana radiante y puro, se hallaba empañado por nubecillas que amenazaban ser cada vez mas densas. Iba á dar parte al Inca de tan siniestro presagio, cuando se quedó aun mas asombrado al verle mirar de hito en hito á la imágen del Sol que habia en el templo, cosa altamente prohibida aun al mismo emperador. Bajó este los ojos al ver que el sacerdote le observaba, pero luego mas resuelto los volvió á levantar como de intento fijándolos en la imágen. Acercóse entonces el sacrificador y le dijo en voz baja:

—Señor, estás dando el mal ejemplo á tu corte de hacer lo que nunca hicieron tus predecesores.

—Dime, replicó el Inca, hay alguno entre mis súbditos que se atreva á desobedecerme?

—Todos os obedecerán hasta la muerte.

—Aunque los obligase á correr hasta Chile?

—Si tú lo mandases te obedecerian sumisos.

—Y habrá entre ellos alguno tan presuntuoso para que me obligase á correr sin cesar?

—No le hay, porque ninguno es mas poderoso que tú.

—Pues entonces dijo el monarca, el Sol nuestro padre es preciso que dependa de otro mas poderoso que le manda correr sin cesar. Si por su gusto lo hiciese, alguna vez descansaria.

II.

No bien acabada la religiosa ceremonia y cuando el odorifero copal humeaba aun en los altares, perfumando suavemente el ámbito del templo, se dejó ver en él, la agradable comitiva de las sacerdotisas del Sol. Aquellas vírgenes sencillamente vestidas, pero ostentando con abandono las gracias y atractivos que prestan la juventud y la hermosura, hicieron profunda sensacion en el Inca y en su séquito. Mientras que con acento tierno entonaban algunas de ellas un cántico tan melodioso como patético, egecutaban otras una vistosa danza que participaba de ceremonia religiosa y de festejo á los vencedores á quienes aquellas ninfas hacian alusion en sus ligeros movimientos. El Inca que habia tenido valor para mirar durante el sacrificio á la imágen que le estaba prohibida, mejor contemplaba entonces aquellas jóvenes que para él espresamente desplegaban sus gracias. Las observaba con delicioso éstasis, porque jamas habia sentido su alma la tierna languidez que entonces la dominaba; pero cuando sus sentidos experi-

mentaron una agitacion extraordinaria y su razon estraviada no podia resistir á los encantos que le rodeaban, fué al terminar la danza. Una jóven, al parecer la principal vino seguida de otras á presentar al Inca el pan y la bebida que las vírgenes elaboraban, como sagrados manjares que solo era lícito ofrecer al emperador en circunstancias tan solemnes. Acompañaban al regalo algunos vestidos magníficos, hechos tambien dentro del claustro, y la jóven al presentar al Inca la copa de oro le dijo estas palabras:

—Aceptad, señor, la sacra ofrenda debida á vuestra gloria, y que sea corta manifestacion de la felicidad que os deseamos.

Los atractivos de la sacerdotisa y el vivo fuego que animaba sus ojos, á pesar de la modestia de sus miradas acabaron de seducir al Inca, que al tomar la copa, exclamó enagenado:

—¡La felicidad! si, la espero de tí hermosa jóven.

Apuró la copa de un solo trago, sin acordarse de permitir que la llevasen á sus lábios algunos de sus favoritos y principales cortesanos, conforme acostumbraban permitirlo otros soberanos en igual ceremonia. Esta circunstancia unida á la efusion con que dió las gracias á la sacerdotisa y al ardor de sus miradas, revelaron á todos los presentes la impresion que en el Inca habia hecho la jóven; pero ninguno, excepto el gran sacerdote, sospechó que fuese una pasion devorante capaz de hacerle faltar á los mas rigurosos deberes.

Las vírgenes consagradas al servicio del templo del Sol, estaban por toda su vida obligadas á una continencia tan austera, que la menor falta era castigada severamente, y la violacion de la castidad y el dejar que se estinguiese el fuego sacro producian muerte irremediable. Para conservarse puras é irrepreensibles, vivian retiradas en un vasto recinto anexo al templo, en el que no solo disfrutaban las cosas necesarias á la vida, sino que hallaban cuanto podia hacer tolerable su voluntaria soledad. En este recinto donde á ningun profano era lícito penetrar, resolvió el Inca introducirse, alhagado por aquella ilusion de los amantes á quienes el ver siquiera otra vez el objeto amado no les parece incentivo, sino calmante de su pasion. Estimulábale ademas el deseo de interrogar á aquella jóven cuya magestad y hermosura revelaban un origen nada vulgar. Inmenso y despótico era el poder del Inca, y sin embargo no se atrevió á llevar á cabo su designio, ni por violencia, ni en medio del dia; solo á favor de las sombras de la noche y ocultas las insignias de su soberania consiguió hallarse dentro del claustro de las sacerdotisas.

III.

El jardin contenido en el ámbito del templo, era tan ameno como caprichoso. No chocaban allí á primera vista aquellas señales del esmerado cultivo del hombre, todo al contrario, el aspecto de una vegetacion espontánea y caprichosa se ofrecia por todas partes, dando á entender que se habia aprovechado un terreno virgen y feraz de suyo, para formar sin mucho esfuerzo un agradable pensil. No se veian grandes calles de arena, sino estrechos y tortuosos senderos al traves de espesos bosques formados de grandes árboles, de cuyos troncos se desprendian colgantes de lianas sobre los algodones y otros arbustos útiles que cubrian la tierra. De trecho en trecho serpenteaba por el césped un arroyuelo de incierto origen y direccion y la luna empezaba á penetrar por entre las hojas de los árboles opuestos al horizonte. Un aire dulcemente perfumado mecia las elegantes cimas de los cocoteros y bananos produciendo el único susurro que se escuchaba en aquella profunda soledad, hasta que se percibió distintamente el ruido de los pasos de una muger que se acercaba.

—No me han engañado! exclamó el Inca saliendo al encuentro de la sacerdotisa; pero al ver que ella se detenía pálida y trémula, la tomó de una mano y llevándola a sentar en un banco de césped, la dijo con dulzura:

—Al fin te encuentro, felicidad de mi vida!

—Señor, contestó ella, qué quereis á vuestra esclava?

—Que me digas quien eres: que me expliques que poder es el tuyo, oh hermosa muger! que así avasalla al monarca mas poderoso de la tierra.

—Tristes recuerdos de mi edad primera son los que me obligais á renovar. Esta muger que veis sola y abandonada en este recinto, habitó en un palacio magnifico y en medio de una ostentosa corte, porque esta muger hija y descendiente de reyes, nació en el trono que estaba destinada á ocupar.—Mi padre fué el último monarca de Quito.

—Siendo esto así ¿cómo has pasado á vivir desconocida entre las vírgenes del templo?

—Las pocas personas leales que sobrevivieron á mi padre, á la destruccion de su palacio, y á la conquista de sus pueblos, juzgaron que este era el único asilo seguro para mí. Temian que mi sexo y mi rango fuesen ultrajados por un vencedor, cuyas generosas prendas eran incapaces de apreciar, tan poseidos de odio como estaban. Desde entonces mis dias han transcurrido tristes, pero serenos, y ese anciano sacerdote lleno de ternura hacia una muger cuyas desdichas conoce, ha sido un segundo padre para mí.

—Tus desdichas yo solo puedo y yo solo debo remediarlas. Toda cuanta dicha yo poseo es para repartirla contigo, porque tú eres ya necesaria á mi existencia y no te separaras de mí.

—¿Qué decis?... quereis sacarme del templo?

—Eres una criatura de tanto valor, que no debes permanecer oculta. Has nacido en la corte, pues bien, yo haré que seas el mas bello ornamento de la mia, donde luzca en todo su brillo esa hermosa del cielo pintada en tu semblante, y donde yo no pierda de vista tu graciosa sonrisa.

—No, imposible es abandonar este recinto, y aunque posible fuera ¿cómo habia yo de dejar á mis compañeras que me prodigan tantas caricias y á ese anciano que me ama con tanta ternura? Ved que ameno es este sitio, que serena se muestra la naturaleza! Aquí mi corazon libre, disfruta los únicos y sencillos placeres que apetece.

—Ah! que tú no sabes los que yo te llevaré á gozar. No sabes que vas á cambiar este solitario claustro por un trono y á dejar esa pobre túnica por el manto de los Incas. Porque yo te amo, muger celestial, y si te arranco de este sitio, es para que así como reinas en mi corazon, reines tambien sobre los súbditos de mi vasto imperio.

—Callad señor.... os lo pido, si se supiese vuestra venida, si alguno escuchase vuestras palabras que seria de mí?

—Bien sé á lo que te espongo; pero imagina tú de lo que soy capaz, cuando he llegado aquí por verte.... No hay porque temer. ¿Quien se atreveria á la protegida de su monarca? ¿Qué obstáculo puede oponerse á nuestro amor?

Y animando un poco la voz

—¿Quien hay tan poderoso, que se atreva á contrarrestar los designios de su soberano....?

Un ligero rumor pareció salir entonces de entre el ramaje, y la jóven consternada, movida por el sentimiento que incita al débil á ampararse del fuerte, se arrojó casi en brazos del Inca, diciéndole:

—¿Ois?

Pero el Inca, electrizado con el contacto de aquella muger, no se ocupaba por el pronto mas que de oprimirla

junto á su corazon, estrechando una de sus manos é inclinándose sobre su cabeza para preguntarla con ternura:

—Y tú me amas?

La jóven levantó hacia él sus húmedos y hermosos ojos para decirle con indefinible espresion:

—Seria acaso posible dejar de amaros?

—Pues bien, amada mia, prométeme ser mi esposa.

—¡Nunca! contestó una voz grave y austera, y en el instante mismo el gran sacerdote se presentó á su vista. Aquella repentina aparicion y el sitio en que se verificaba dejaron al Inca sobrecogido por algunos momentos, pero cuando la idea de su despótico poder volvió á fijarse en su mente, miró con altivez al anciano diciéndole:

—Serás tú el que ose contradecir mis designios?

—Inca, contestó el inexorable anciano, grande es tu poderio, mas ahora acuérdate donde te hallas y que una palabra mia bastará para que arrebatén de tu lado á esa tímida doncella, y para que tus vasallos atónitos vean á su monarca profanando el recinto del templo y arrebatando con tan impuros como sacrílegos deseos á las vírgenes del Sol.

—Esa palabra no tardes en pronunciarla.... porque esta muger va á salir en mi compañía.

Enlazó el Inca su brazo con el de la trémula sacerdotisa en ademán de partir; pero una exclamacion del gran sacerdote hizo acudir instantáneamente sobre el terreno considerable número de guardas y ministros del templo en actitud de cerrarles el paso. Quedaron por un momento unos al frente de otros, hasta que el gran sacerdote exclamó:

—Ministros del templo, arrebatad á esa muger de brazos de su pérfido seductor y llevadla á sufrir el castigo que merece. En cuanto al Inca, solo la diadema que cubre sus sienes puede librarle de nuestra justa cólera y del castigo que merece su impiedad.

—Si esta diadema es aquí la que protege, dijo el Inca quitándosela, he aquí que á vista de todos la pongo sobre la cabeza de esta jóven.... ¡soldados! ¡ministros del templo! paso á vuestra reina.

Nadie se opuso á la marcha del emperador, solo el anciano sacerdote, en quien batallaban á la vez el sentimiento y la rabia de ver profanado el templo y arrebatada su joya mas preciosa, desahogó su impotente cólera en estos términos:

—Camina, sacrilego monarca, camina á tu perdicion. Tus vicios son los precursores de la caída de tu imperio. Ya se manifiestan los signos de la cólera celeste y mientras que el fuego sacro se estingue en el templo, le arrojan de nuevo los cráteres de los apagados volcanes. Llegó el colmo de profanacion profetizado en los caracteres del templo; pero tambien llegó la época en que el gran lago vomitará esos hombres cubiertos de hierro y armados del rayo, para destruir tu palacio y tu imperio.

IV.

Los hombres formidables anunciados por el anciano sacerdote en su violenta cólera, pisaban ya efectivamente la parte meridional del continente americano. Desde los tiempos de Balboa era conocida la existencia hacia esta parte, de una comarca rica y feliz, donde el oro servia aun para los utensilios mas despreciables. Balboa murió desgraciado sin que pudiese realizar su expedicion; pero el heredero de sus grandiosos proyectos y el que tuvo al fin la dicha de enriquecer la corona de Castilla con el pais mas opulento del nuevo mundo, fué el valeroso FRANCISCO PIZARRO, nacido en Trujillo en el año de 1480. Siendo uno de aquellos aventureros que habian pasado al continente americano, tan escasos de medios de fortuna, como provistos de audacia y de valor, nunca hubiera con sus propios recursos costado

los gastos de la expedición sin el auxilio de sus dos compatriotas, Diego de Almagro y Fernando de Luca. Unieronse los tres para favorecer esta empresa, teniendo la satisfacción de que Pizarro que había de correr todos los peligros de ella, partiese de Panamá en una nave con unos ciento y doce hombres tan animosos como esforzados. Este fué el principio de los viajes y fatigas de Pizarro, y de aquellos peligros ocasionados por el mal temporal que le hizo tocar en varios puntos de la costa. Almagro que salió después, pasó otros mil trabajos hasta llegar á reunirse con ochenta hombres de refuerzo, y con ellos se hicieron juntos á la vela. Ambos esclarecidos capitanes sufrieron todos los riesgos y averías de una navegación incierta y peligrosa, y si ponían el pie en tierra, no menos padecían por la intemperie del clima y de las estaciones. Ellos pasaron por todos los grados de temperatura, desde la de montañas cubiertas de nieves y hielos, hasta la de terrenos en que la falta absoluta de lluvias produce arenas de una aridez insupportable, abrasados por un sol casi perpendicular, y si la fortuna les deparaba alguna vez un campo fértil en que se respiraba aire puro, tenían en cambio que atravesar terrenos en que reinaban aires pestilenciales. El temor de hacer demasiado difusa la narración obliga á suprimir los minuciosos detalles y aventuras de estas caminatas, pero ciertamente que sería curioso seguir á nuestros campeones, que á la ventura y sin datos ciertos, iban en busca de ignoradas regiones al traves de pantanos y selvas impenetrables, por sitios en que desde la creación del mundo no había habido un sendero, ni habían sido pisados por persona humana, contemplar el silencio de la noche en aquellas selvas vírgenes de América, cuando las grandes masas de los árboles consumidos de vejez, después de haber tomado una forma fantástica á los últimos reflejos del sol que se ocultaba rojo como la grana, quedaban confundidos entre las azuladas sombras de la selva! Oh! si en medio de tan espantosa soledad hubiesen encontrado los españoles algunos rastros de persona humana ó cuando menos algún animal de índole mansa y apacible, singular hubiera sido su placer; pero de noche solo resonaban en la selva abullidos lejanos y pavorosos, y el vuelo y lastimero grito de las aves nocturnas que saltaban de rama en rama, mientras que de día, alimañas feroces huían entre la maleza, ó algún disforme mico sentado en las ramas, miraba con burlesca curiosidad á aquellos extraños hombres que pasaban.

En medio de tantos conflictos y fatigas, Pizarro y Almagro se manifestaban siempre los primeros en el sufrimiento, animando á los débiles, ayudando á los desfallecidos y olvidándose de sí mismos por atender á los demás. Solo encontraron descanso al llegar á las fértiles y risueñas costas de Quito, donde habitantes pacíficos, vestidos con telas de algodón y adornados de oro, salían á su encuentro, pero entonces dificultades de otro género eran las que se suscitaban. Las fuerzas de la expedición, debilitadas en tan larga travesía, eran insuficientes para la conquista de un país tan dilatado, y forzoso era que Almagro volviese á Panamá á buscar refuerzos, dejando á Pizarro y los suyos espuestos á las contingencias de la suerte. Cinco largos meses esperaron estos infelices en la isla Gorgona casi inhabitada, sin recibir noticias ni auxilios de sus compañeros. Esto consistía en que el suspicaz gobernador de Panamá, habiendo variado de dictámen, estaba muy lejos de conceder los socorros que le pedían y aun trataba de retirar á Pizarro de su empresa. En fin, cuando á fuerza de ruegos de Almagro y de Luca consintió en despachar una nave al socorro de Pizarro, ya este perdida toda esperanza estaba á punto de entregarse en una balsa á merced de las olas. Informado Pizarro de los designios del gobernador y al ver que en la nave no venían mas

que gentes de equipage, sin duda para cortar los vuelos á su empresa, trató de tomar por su cuenta los resultados prósperos ó adversos de ella, y cortando sus relaciones con el gobernador, desobedecerle abiertamente en cuanto se encaminase á malograr el fruto de tantos afanes. En consecuencia resolvió navegar con su gente hacia el Perú; mas como se suscitasen algunas desavenencias y temores, conoció Pizarro que le estaba mejor llevar pocos, pero de ánimo resuelto, antes que muchos en quienes hiciesen fuerza otras consideraciones. Tanto para descartarse de los flojos y mal avenidos, como para no hacer fuerza á ninguno de sus compañeros, supuesto había grandes peligros que correr, empleó al arreglarles una de aquellas demostraciones que tanta impresión hacen en hombres toscos y poco instruidos. Tiró el magnánimo Pizarro de su espada y haciendo una raya en la arena les dijo:

—Detrás de esa raya se encuentran todos los peligros de la guerra, las fatigas del hambre y de la sed, y aun la muerte si fuere precisa para acabar la conquista. Los que no se hallaren con ánimo para vencer tantos obstáculos... vuélvanse á Panamá, pero los que tuviesen resolución para vencerlos pasen aquí á mi lado, en señal de que me ayudarán en tan heroica empresa.

Pasaron al instante á unirse con Pizarro sus mas allegados y constantes campeones, cuyo ejemplo fué después seguido por otros muchos, diciendo todos á su jefe:

—A esta tierra hemos venido pasando los mares, para buscar los peligros y la muerte. Guiadnos hasta el fin del mundo, daremos uno nuevo á la España ó pereceremos en la demanda.

V.

Cuando los españoles después de veinte días de navegación, descubrieron las costas del Perú en 1526, quedaron agradablemente sorprendidos á vista de campos siempre cubiertos de verdor, esmaltados de flores y con todas las señales de un esmerado cultivo. Particularmente las orillas de los ríos, humedecidas por las aguas subterráneas, ofrecían el alhagüño cuadro de las bellezas de perpétua primavera. Al establecerse después en varios puntos de aquel país, si grande era la sorpresa de los naturales á vista de los españoles, no era menor la de estos al descubrir por todas partes las pruebas de una riqueza y civilización desconocidas entre los indios. El primer cuidado de Pizarro fué enviar la embajada de costumbre al Inca soberano del país, para que reconociese al emperador y rey de España que le enviaba á sus dominios, ofreciéndole en su nombre amistad, alianza y protección.

El rico y dilatado imperio del Perú, se hallaba por entonces agitado de funestas guerras civiles. El príncipe Huayna Capaz había tenido un hijo en la sacerdotisa del Sol y era tanto el cariño que tuvo á esta muger, que al morir dispuso que este hijo, llamado Hualpa ó Atabaliba, heredase la soberanía de Quito en perjuicio de su hijo primogénito Huascar, á quien por su legítimo nacimiento y costumbres del imperio correspondían todos sus dominios. Esta disposición fué el origen de la discordia entre los dos hermanos y causó guerras suficientes por si solas á arruinar el imperio; aunque Pizarro no hubiese sabido diestramente aprovecharse de ellas. A la llegada del campeón hispano, el príncipe Hualpa, que deseoso de ensanchar el dominio que su padre le dejara, fué el primero á suscitar la guerra, acababa de vencer y hacer prisionero á Huascar, y como Pizarro aparentase inclinarse al partido de este, como débil y vencido, su embajada no solo fué mal recibida de Hualpa, ufano con su reciente prosperidad, sino que envió á decir á Pizarro:

—Que el mismo iría á llevarle la respuesta, y que no

se admirase si al verificarlo llevaba consigo un ejército, porque esta era la costumbre de los soberanos del país.

Procedía en esto el Inca conforme á la opinion que tenían los indios, de que habia de deslumbrar y aterrar á los estrangeros la ostentacion de su poder y grandeza, cuando solo servia para escitar su valor y su codicia. Pizarro sospechó los designos del Inca y conociendo que al fin seria preciso venir á las manos, ordenó su pequeña hueste en que se contaban doscientos cincuenta infantes, sesenta caballos y algunos cañones pequeños y siguió su camino en buen orden de guerra, confirmandose á cada paso en sus sospechas al ver los corredores indios que venian sin cesar á explorar y reconocer el ejército. En Caxamarca empezaron á avistarse las tropas del emperador, y los españoles contemplaron asombrados y recelosos aquella muchedumbre que pasaba de cuarenta mil hombres, adornados con distintos trages, guardando cierta regularidad en el orden y manejo de sus armas y marchando al son de instrumentos de guerra. No obstante, cuando descubrieron la rica litera del Inca, guarnecida de láminas de oro, y llevada por personajes adornados de oro y pedrería cual si fuesen soberanos, cuando comprendieron en fin que de aquella jornada no podia menos de resultarles gloria y riqueza, el que mas y el que menos ansiaba que se viniese á las manos. Pizarro conociendo que un golpe de fortuna podia hacerle dueño á poca costa de tan vasto imperio, dispuso su pequeño ejército en orden de batalla, emboscó los arcabuceros en un sitio en que fuese aun mas sorprendente el efecto de las armas de fuego y aprestó la caballería para cargar á la menor señal.

Razones de política y de prudencia aconsejaban como preferibles los medios amistosos y Pizarro creyó de su deber salir al encuentro del Inca y hacerle el debido acatamiento. Adelantóse acompañado del misionero Valverde y de solos catorce hombres, escogidos entre los de buen temple; pero el emperador, conforme se habia sospechado, no quiso avenirse á ningun convenio, ni reconocer al rey de España y menos pagarle tributo, porque habia llegado allí, para hacer entender á aquellos audaces estrangeros, que despues de los dioses no habia en el mundo mas soberania que la suya. Como Valverde le hablase en nombre del Dios verdadero, manifestándole abierto el libro de los evangelios, el Inca que ni queria, ni podia entender sus palabras, tomó violentamente el libro de manos del misionero y le arrojó contra el suelo con despreciativo ademán. Esta accion fué como la señal del combate: los españoles empezaron á retirarse indignados hasta encontrarse protegidos por los suyos, y entonces se generalizó la batalla. A pesar del efecto de las armas de fuego, de los ataques de la caballería y de la táctica superior

de los españoles, se hallaban estos en grandes apuros envueltos por aquella multitud de indios que se sucedian sin cesar, cuando Pizarro conociendo que todo pendia de la suerte del Inca, atacó decididamente á la guardia que escoltaba las andas; pero aquellos leales vasallos obstinados en una heroica resistencia caian gustosos á vista de su soberano, y solo por encima de sus cadáveres pudo llegar Pizarro hasta el emperador á quien hizo prisionero.

La desgracia del emperador no solo decidió la victoria á favor de los españoles, sino que puso término á la resistencia que estos pudieran encontrar, y les hizo dueños de sus riquezas y de su imperio, puesto que el consternado monarca prometió á Pizarro cuanto este quiso exigir. Su muerte acaecida mas adelante, no fué acasionada por un inhumano alarde de crueldad por parte de los vencedores, sino por la dificultad que estos tenían en custodiarle en lugar seguro contra las tentativas que sus parciales hacian para libertarle, y mas que todo por el despecho que se apoderó de los españoles al saber que el Inca lejos de cumplir lo pactado, habia mandado arrojar sus tesoros en los lagos mas profundos, y muy particularmente la gran cadena de oro de setecientos pies de largo, mandada construir por Manco Capaz para que diese vuelta á toda la plaza de Cuzco: joya que los españoles apetecian como la maravilla del mundo en este género, como el mejor trofeo de su conquista.

Los indios que habian mirado la derrota del último Inca como un castigo de su impuro origen y de las profanaciones de su padre, celebraban los triunfos de los españoles y aplaudian en sus cánticos á Pizarro como al verdadero hijo del Sol. Estos fueron sus dias mas felices, porque aun no habian estallado entre los conquistadores de esta parte del mundo, aquellas discordias que sinó fueron suficientes á impedir que el gobierno español quedase en ella establecido, bastaron para que enrojeciesen con su propia sangre los laureles de sus victorias. Una alegre turba salia entonces al encuentro de los españoles en caminos sembrados de flores y adornados de telas y banderolas. Pizarro, el aventurero de humilde origen, árbitro de un grande imperio, veia millares de súbditos prosternarse á sus pies y verificaba su entrada triunfante bajo pórticos magníficos en las régias moradas, donde seductoras jóvenes de sonrisa inesplicable y voluptuosa languidez venian á colmarle de perfumes y de flores. Si Pizarro fué tal vez entre los conquistadores del nuevo mundo, el que padeció mas desgracias y corrió mas peligros, su triunfo el mas señalado, fué correspondiente á la paciencia con que habia sabido sufrirlas, y al valor con que habia sabido vencerlos.

FRANCISCO FERNANDEZ VILLABRILLE.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

EL PINTOR Y EL POETA.

I.

EL DESAYUNO.

Plasencia es una de las ciudades de Estremadura que mas restos conserva de la dominacion árabe, está cercada de murallas medianamente fuertes y muy antiguas, y situada á la márgen derecha del rio Jerte cuyas orillas abundan en bosques y alamedas. Por lo que se conserva del alcázar morisco se comprende que en sus

tiempos fué una fortaleza de primer orden, está junto á la muralla que mira al norte donde hay una entrada que llaman el Postigo. Tiene un magnífico acueducto sobre 80 arcos para conducir las aguas; y la catedral de estilo gótico moderno, principiada en tiempo de los reyes católicos, aunque sin concluir aun, se comprende que podria ser una de las mejores de España. Por toda la ciudad hay algunos buenos edificios, casas, jardines y fuentes que le dan un aire alegre y placentero. Tal es hoy Plasencia, considérese como seria en el siglo XVI en que, ni la injuria del tiempo ni los azares de la guerra habian impreso en ella aun su mano de

hierro, y júzguese de la sorpresa y admiración que denotaría un viajero que recorriéndola en aquel tiempo por primera vez, solo á la aldea de Pilas de donde era natural podía compararla.

—Virgen santísima, qué prodigio!... san José me valga, y qué portentoso!... Dios de mi vida, y que cosa tan magnífica... exclamaba á cada paso, y á cada paso se paraba y volvía á andar y á hacer nuevas exclamaciones recorriendo y examinando todo con un placer y un entusiasmo, difícil de pintar.

El que así hablaba, y en el que producían tan grande impresión los artísticos monumentos de Plasencia, era un joven gallardo como de quince ó diez y seis años y cuyas facciones severas y atezado cutis, podían pasar por el mas exacto traslado del tipo de nuestros montañeses. Vivaracho y de maneras naturales, demostraba hasta en el mas insignificante de sus ademanes la elegancia característica á las organizaciones privilegiadas que adquieren su desarrollo en el continuo ejercicio de una vida sóbria y de incesante actividad: vestía el airoso traje que usaban los paisanos de las fértiles comarcas de Andalucía y por todo equipaje, conducía colgada de su hombro derecho una deteriorada alforja que no parecía muy provista.

Después de examinar detenidamente lo que á sus ojos se presentó de mas curioso y admirable, fué nuestro joven viajero á sentarse en las gradas de un monasterio fuera de la ciudad, situado á las inmediaciones de un delicioso bosque de castaños, naranjos, avellanos y limoneros, (1) registró su alforja de la que sacó un pedazo de pan moreno y una cabeza de cebolla, únicas provisiones que contenía, y suficientes á sostener el génio español en sus mas atrevidas empresas. En seguida dividió en dos partes su frugales viandas y se dió á comer de la una con tan prodigioso apetito, que le fué preciso atacar la segunda porción depositada ya en su ambulante despensa.

Otro viajero que parecia de alguna mas edad y que no obstante su estropeado exterior no inspiraba repugnancia, ni alteraba la franqueza de su enjuto semblante, observaba cuidadosamente los movimientos del joven, y no fué dueño de reprimir una ruidosa carcajada al considerar como emprendía con el resto de sus vituallas. Aquel dirigió una mirada de indignación sobre el que con tan poco cumplimiento le trataba, mas era tan franca y sencilla la alegría del recién llegado, que disipó instantáneamente la ligera impresión de mal humor que le produjo su inesperada aparición. Así es que correspondió al desconocido con otra risotada y acabó por ofrecerle su desayuno comenzado bajo tan alegres y cordiales auspicios.

El desconocido consideraba con una gravedad cómica lo que le restaba de pan.

—Si tan buen apetito descubres, amigo, porque escitas pródigamente el de los demás! O crees que cualquiera se daría por satisfecho con ese pedazo de pan sobre el que aun diriges tu satisfactoria mirada?... Pero vamos, convíte por convíte, me ofreces participación de tu sóbrio festín, yo te convido á que tomes parte activa en el mío, porque me parece te resta aun un huequecito donde ayudarme á enterrar esta empanada.

Diciendo así, sacó de su morral una magnífica empanada, cuya dorada corteza era por sí suficiente á despertar el apetito del mas indisplicente estómago, y después se desprendió de un frasco forrado de paja que llevaba colgado de un cordón y que contenía un vinillo moscatel añejo y vivificador. Dividieron religiosamente en dos porciones iguales y cada uno hacia los honores á

(1) En el día no existen ya estos bosques, en el mismo terreno se siembran legumbres y hay algunas viñas y olivares.

su ración; el desconocido como si después de ocho días fuera el primer bocado de alimento que tocáran sus labios, y el joven como si conservara intacto el pan que acababa de devorar y que por lo menos pesaba dos libras. Los dos nuevos amigos que tan brevemente habían simpatizado, conversaban como si toda la vida fueran camaradas, solo que poco á poco se iban encendiendo sus colores, animándose sus miradas, y permanecían en un delicioso abandono, cuando repentinamente abrieron la puerta del claustro con estrépito para que pasara un hombre ébrio y á quien un monge arrojaba fuera con violencia.

—Fuera de aquí! exclamaba el religioso, fuera de aquí miserable! Habráse visto mayor osadía! presentarse embriagado en el monasterio sin respeto á lo sagrado del lugar y sin considerar lo importante de los trabajos que te se confiaban. Marcha y no vuelvas á parecer á mis ojos, ó teme la indignación del hermano Arsenio, gracias á tu intemperancia no están terminados los preparativos para la función de mañana.... Que haceis vosotros ahí? Desde cuándo las gradas del templo os han dicho que pueden servir de refectorio á gentes de vuestra ralea? añadió el monge desfogado en nuestros viajeros el mal humor que le habia causado la borrachera del hombre que despedía.

—No se enfade su merced, padre, replicó el mas joven, mientras que su comensal se daba prisa á recoger los restos de la refacción, implacablemente amenazados por el pie del irritado religioso; no se enfade porque pensábamos que los que predicán la caridad evangélica, no considerarían un crimen el que cualquiera se sentara en el umbral de su mansion, en el de la casa de nuestro Dios, para comer mas á gusto.

—Mas te valiera no ser descarado, repuso el monge desarrugando el ceño y casi disipado su mal humor ante la gentileza y desenfado del montañés. Cómo te llamas?

—Yo Esteban, y vd. padre?

A esta pregunta tan familiar le miró sorprendido el religioso, y contestó después de titubear un instante y como si hubiera pensado ocultarlo.

—El hermano Arsenio, pero tú no me has dicho mas que tu nombre de pila, y no el de la familia á que perteneces.

—Es verdad, mas tampoco lo digo á nadie, es un secreto.

—Porqué?

—Porque me he escapado de casa de mi padre, y si digo como se llama podría vd. informar á los que tal vez vendrán en mi seguimiento.

—Y te parece regular á tus años el escaparse de la casa paterna? Qué te ha inducido á eso?

—El qué? el buscar á Velazquez para que me dé lección.

—Pues qué eres pintor? preguntó el padre sonriendo.

—Si señor, si señor, repuso el muchacho algo amostazado por la desdeñosa sonrisa del padre, soy pintor ó quiero serlo, soy discípulo de mi tío Juan del Castillo, y sino fuera porque se ha muerto, aun me tendria á su lado y no me veria corriendo por los montes y saltando vallados para encontrar otro maestro. Mi tío Juan me tenia en su casa, me enseñaba su precioso arte, pero después de su muerte no tuve otro remedio que volver á casa de mi padre, que hacia tres años se habia vuelto á casar con la mas cruel y avara de las mugeres. Mi ferroz é implacable madrastra queria que fuera yo zapatero, sin contar para nada mi vocación de artista y sin apiadarse de mis lágrimas y de mi desesperación; mi padre, aunque bueno, demasiado débil condescendió con los deseos de su muger, y me puso de aprendiz en el obrador de un artesano; yo no queria esto, ni lo quiero, y vea vd. padre porque hace dos días que libre y gozo-



so camino á marchas forzadas en busca del gran Velazquez.

—Pues voy á ver si me engañas, dijo el monge á quien interesaba ya la viveza y desenfado del muchacho; voy á poner á prueba tu talento; necesito precisamente un pintor que reemplace al mala cabeza que acabo de despedir, y si haces á mi gusto lo que te encargue... si verdaderamente eres pintor y sabes concluir unos escudos y algunos adornos, te ganarás un doblon... te conviene?....

—Si señor, pues no me ha de convenir! Un doblon! Eso es precisamente lo que necesito para llegar al término de mi viage, porque esta mañana empleé mis últimos maravedises en comprar el pan que estaba comiendo, cuando este buen camarada me ha convidado generosamente á participar de su merienda. Con que así padre, si vd. quiere, puede considerarle como mi asociado, molera como yo le diga los colores y partiremos las utilidades.

El religioso miró entonces al otro viagero, en quien aun no habia reparado.

—Si no me engaño, le dijo, tú llevas la insignia de los cautivos rescatados por los padres de la órden de la Trinidad.

—Así es, le contestó; vengo de Argel donde he pasado tres años de horrible cautiverio. Dios me ha concedido un término á mi desgracia y ya por fin me encuentro en libertad y pisando el noble suelo de mi patria.

—Cuál era tu oficio antes de caer en manos de los berberiscos?

TOMO II.

—Soldado.

—Y vas otra vez á entrar en el servicio?

—No puedo, un arcabuzazo me ha fracturado un brazo, y me ha dejado inútil para las armas.

—Y qué va á ser ahora de tí?

—Soy poeta y romancero.

—Poeta y romancero? pues entre los dos solos constituis una perfecta caravana de ingenios, y me alegro, porque así mientras que tu compañero pinta los escudos vas á componer los lemas ó inscripciones, y te dará tambien otro doblon, te acomoda?

—Si, padre.

—Pues á la obra! Entrad amigos míos y emprended vuestra tarea con ardor á fin de que todo este para mañana á las diez.

Mientras hablaba así, el religioso conducía á los dos viageros á la iglesia, donde á juzgar por las apariencias y preparativos se disponia una ceremonia fúnebre. Todo el templo estaba enlutado con magníficas colgaduras guarnecidas de plata, formando pabellones sostenidos con pesadas borlas que pendian de gruesos cordones del mismo tejido; soberbios candelabros ostentando sus brillantes y góticos adornos, parecian agoviados bajo el peso de la multitud de cirios y bugias dispuestas en las arandelas, amenazando con su luminosa inundacion á la primer chispa que les comunicase su fuego; y en medio del templo se alzaba cual gigantesca montaña un elevado catafalco cubierto de un paño mortuario salpicado de estrellas de oro. Mientras los dos jóvenes contemplaban con admiracion aquel espectáculo, el religioso se complacia considerándolos y

mostraba en su semblante la satisfacción de un autor que asiste al ensayo de un drama de su ingenio, que se va á representar muy luego.

—Qué ceremonia se va á celebrar? preguntó el camarada de Esteban.

—Los funerales de Carlos V, contestó con gravedad el padre.

—Cómo, ha muerto el emperador? se ha extinguido ya para siempre el génio mas vasto de la tierra? Dispense vd. padre pero como hace tan poco tiempo que he regresado á Europa ignoraba ese funesto acontecimiento. Muerto Carlos V! haber perdido la España el ser que tanta gloria y grandeza le ha hecho adquirir!

—Tranquilízate, Carlos V todavía no ha restituido su alma á Dios, solo ha muerto para el mundo. Disgustado del poder y de su pasajero y efímero brillo, desengañado de las deslumbradoras ilusiones de las humanas grandezas, ha abandonado el trono, arrojado el cetro á sus pies, y declinado en la frente de su hijo una corona que pesa demasiado en la suya.

—Se burla vd. de mí, padre! El emperador no es posible haya cometido semejante desacierto, conocía muy bien el corazón de los demás hombres para que no leyera en el suyo propio. Carlos sin el poder, sin el trono, sin el universo que gobernar y que obedeciese á su menor señal; ¡ah! sería un cuerpo sin alma, una máquina sin movimiento. Y como es posible sobreviva su privilegiada inteligencia, su decidida y firme voluntad, si le fuera preciso condenarse á la inacción? Yo no lo creo padre, no puede ser.

—Pues es exacto cuanto te digo. El magnánimo Carlos ha abandonado la corte y ha ido á refugiarse á un convento en el que ha profesado como religioso, y para romper con el mundo y sus deplorables vanidades, mañana, aquí mismo se celebran sus funerales; y nadie se cuidará despues ni preguntará por Carlos V, y no restará de él mas que un nombre en la historia, y en el convento un cuerpo consumido por el dolor, un cuerpo que pertenece ya á la tumba, y un alma que espera con impaciencia la hora feliz en que el Señor la llame á su seno.

—No puedo dudar de la veracidad de las palabras de vd. padre; pero quien lo habia de pensar! Qué ejemplo tan triste de las humanas miserias y de la debilidad de nuestra existencia! Quién habia de profetizar semejante acontecimiento? Quién habia de decir que el emperador habia de perder su razón.... volverse loco.

Todo esto lo espresaba pintándose en su semblante la mas completa admiración. El monge palideció al escucharle, y tomando del brazo al joven, exclamó colérico.

—Qué dices, insensato! El emperador Carlos V disfruta ahora mismo de todo su cabal juicio, de toda su razón.

—No señor, no; no padre mio, eso no es cierto. Si no estuviera abandonado de la mano de Dios; si como vd. asegura conservára su razón, no se espondría á servir de mofa á la Europa y al mundo entero, y si queria consagrar á Dios el resto de sus dias y ocuparse tan solo de su salvación, no podia hacerlo conservando la corona?... y aun suponiendo que su abdicación no sea una locura, estos funerales anticipados, esta ridícula ceremonia que se va á celebrar mañana, no prueban el enfermizo estado de su cabeza? Debía acabar de esta burlesca manera? No podia y debia imitar hasta el fin á Carlo Magno de quien se habia mostrado digno émulo mientras ciñó la corona?

Se conocia fácilmente que las palabras del joven herian y afectaban á la vez al religioso, porque su frente se iba arrugando y sus labios se dilataban con una sonrisa irónica y desdeñosa.

—Tu barba aun no es bastante venerable, mi joven

poeta, para juzgar de las acciones de Carlos V. Conque así, procura componer los lemas que te he encargado, mientras que tu compañero diseña los escudos con las armas y atributos de la realza del emperador. Aquí Esteban, en este libro hallarás todo lo que convenga tomar para tu obra, y no olvides ninguno de los títulos de Carlos V, emperador de la Germania, rey de España y de las Indias, de los Países-Bajos y de la Lombardia etc. A la caída del sol volveré á ver si sois dignos de la confianza que he hecho de vosotros.

El padre se alejó mientras pronunciaba las últimas palabras; los dos jóvenes se miraron un momento, pero en seguida Esteban se apoderó de los pinceles, mientras que su amigo sentado al pié del túmulo y apoyada su cabeza con una mano, llenaba de versos con la otra una pizarra que sostenian sus rodillas.

II.

EL MONGE.

Una hora despues, el compañero de Esteban, que habia dejado apoderarse de su espíritu una completa distracción, sintió posar sobre su hombro una mano que le pareció mas pesada que la maza de un gigante; se estremeció, volvió la cabeza y se encontró con el monge, que habitualmente impaciente, no pudo esperar hasta mas tarde para conocer el resultado de la tarea de sus dos protegidos.

—Y vamos, mi poeta, están ya los lemas?

—No padre, si la idea de que el emperador ha abdicado su imperial corona, y de que debe mañana representarse aquí una comedia indigna de su carácter, me entristece y preocupa de tal modo que no me es posible encontrar una sola rima.

—Tú le juzgas con mucha severidad! porque calificas de comedia la solemne y profunda prueba que vá á dar al mundo de su disgusto á la gloria y á las cosas de la tierra?... Despues de su abdicación, puede darse un espectáculo mas grande que el de mañana?

—Tiene vd. razón padre, cuando dice *espectáculo*, porque si quisiera confundirse en la oscuridad, no daría ese *espectáculo*, ó al menos si su voluntad era que viviendo todavía le entonáran el oficio de difuntos, no tenia por lo menos necesidad de que se verificase con tanto aparato y régia pompa.

El religioso se paseaba entretanto agitado y pensativo, y le fué preciso sentarse, porque sintió su pierna izquierda atacada de un violento dolor de gota; entonces hizo una seña á Esteban para que se acercára.

—Tu compañero que se jactaba de poeta no ha podido escribir un solo verso.... Vamos á ver tú que dices sabes pintar si has hecho algo de bueno, no sea que os envanezcáis con talentos de que realmente carezcáis.

Esteban se dirigió á él tímidamente y con uno de los escudos en la mano

—Esto está bien! muy bien!... Ni el Ticiano ni Velázquez harían seguramente otro tanto á tu edad. En lugar de un doblon te daré una onza, porque es preciso que no te halles cara á cara con el espectro horrible de la miseria que hiela el génio y hace abortar al talento: pero, que hace tu compañero el poeta que tanto se aplica á escribir ahora sobre la misma pizarra en que no ha podido trazar los lemas que le he encargado?

—Estoy escribiendo, contestó, una sátira á la ceremonia de mañana.

—Pues bien, léela.

El joven inspirado aun por el fuego de su composición, se acercó al religioso y leyó sus versos que estaban salpicados de chistes, agudezas y que contenian la

crítica mas fina y punzante. El monje le escuchó atentamente hasta el fin, y solo al paso que se mostraba satisfecho de algunos trozos, reprobaba otros, y fruncía en muchos el ceño con marcadas muestras de descontento.

Digna de elogio es tu obra como composición poética, pero no lo es como producción de un súbdito fiel y leal. Te atreves á escribir esos versos cuando aun existe y reina Carlos V? Eso equivale á hollar con tu planta á un león espirante.

—Tiene vd. razon padre, dijo el poeta, y arrojando lejos de sí la pizarra, cayó en el enlosado pavimento rota en mil pedazos.

—Eso nos reconcilia; pero ya llega la hora del rosario y no podemos estar juntos aqui mas tiempo. Esteban ha terminado los escudos, y es preciso marcheis á pasar la noche en alguna posada de la ciudad, hasta que llegue mañana el momento de asistir á la fúnebre solemnidad. Asi podrá nuestro jóven pintor juzgar bien del efecto de su obra, y hacer tambien mas adelante un cuadro de la imponente escena que presenciara. Despues pienso, Esteban, recomendarle á Velazquez y á tí, dirigiendose al poeta, al rey Felipe II.

—Al rey Felipe II.... le conoce vd. padre?

—Sí, mucho; y aun creo poseer en su ánimo alguna consideracion, no obstante que no hace todo lo que yo quisiera; conquie Dios os guarde, hasta mañana.

Esteban y su amigo obedecieron á esta orden y se dirigian á salir por la puerta del claustro, cuando despues de un momento de consulta en voz baja, volvió aun hácia el religioso que consideraba con satisfaccion el catafalco y los enlutados pabellones.

—Padre....

—Qué quieres; habla pronto, que siento acercarse ya los demas hermanos.

—Que no tenemos un maravedí y no es facil que nos fien en la posada, si pudiera vd. darme algun dinero á cuenta de mi trabajo....

—Es verdad dijo; pero buscando en la manga, solo halló unos cuartos y exclamó sonriendo del descubrimiento.

—He aqui todo lo que poseo hoy... los inmensos gastos de esta ceremonia me han arruinado, pero mañana deben satisfacerme un tercio de una pension de diez mil ducados y abonare lo que te he ofrecido, despues de terminado el oficio de difuntos.

A este tiempo los religiosos iban llegando y se instalaban en sus sillas de coro: por lo tanto el padre Arsenio fué á incorporarse con ellos, mientras que los dos jóvenes se miraban y le consideraban con burlona sonrisa.

—El bueno del padre nos ofrece oro á manos llenas y no tiene en su bolsillo para pagar la cena y la posada de dos pobres artistas; dijo el poeta, sonando las monedas en la mano; mas no importa, aun nos queda para cenar un resto de empanada, estos cuartos bastarán para llenar mi frasco de vino, y las gradas del convento nos ofrecen un lecho delicioso, la noche está hermosa, y de esta manera seremos los primeros en acudir á la ceremonia que tanto preocupa el ánimo del religioso y que tanto le dá que hacer.

III.

LA IGLESIA.

Algun tiempo despues de mostrarse el sol sobre el horizonte, se despertaron los dos amigos, arrancados de su sueño por el estrépito que hicieron las grandes puertas de la iglesia al girar sobre sus goznes para

abrirlos. Los cirios estaban ya encendidos y la comunidad reunida y en hábitos sacerdotales, esperaba solo la llegada de la corte para instalarse en el coro. Esteban y su compañero entraron en el templo y se colocaron cómodamente en un oscuro rincon desde donde podian observarlo todo sin ser vistos de nadie.

Aun cuando todo se llene de gente, no nos pueden ver aqui, dijo el jóven pintor, y asi me será facil sacar un boceto de este cuadro. La casualidad nos ha deparado la fortuna de presenciar esto. Veremos al rey, á los grandes y damas de la corte, y á Carlos V... á Carlos V sobre todo! Estoy impaciente por contemplar á mi placer al grande hombre, por contemplar su frente de la que han nacido tantas ideas, tantos pensamientos que han conmovido el mundo por su base!... Donde se colocará durante la estraña ceremonia de sus funerales? Cuál será su actitud? Y.... mas ya van los monjes al coro y no hay mas que nosotros en la iglesia. Dónde estará el rey, la corte y toda la concurrencia que nos dijo ayer el monje? ya ha comenzado el oficio.

En efecto, el oficio empezaba, y la gran nave de la iglesia permaneció desierta durante la misa. Nadie vino á ocupar el trono erigido para Felipe II, y tampoco ocupaba nadie las gradas y sillones destinados á los grandes y á las damas de la corte. El hijo no se acordó de que su padre le demandaba oraciones; los cortesanos de que el emperador de quien tantas veces mendigaron una mirada, les llamaba aun por última vez para rodearse de ellos. Aquel ingrato abandono y profunda soledad, presentaba algo de terrible, y aquel olvido, de todo respeto por el que habia sido Carlos V, decia mucho con su elocuente silencio.

Esteban y su amigo permanecieron en la iglesia, no obstante haber terminado el oficio y haberse retirado los monjes del coro, aguardando al religioso segun habian anteriormente convenido.... Mas de pronto llegaron á sus oídos entrecortados suspiros y gemidos ahogados que salian al parecer del catafalco; se agitó el paño que lo cubria, é impulsado por una mano trémula cayó descubriendo un rostro pálido, contraído y de dolorosa y terrible espresion.... Aquel rostro era el del religioso que con afán y desvelado empeño aprestaba el día anterior lo necesario para la misa, pero su exterior era tan imponente que á su presencia retrocedieron amedrentados los dos jóvenes.

—Nadie! exclamaba el religioso sin percibir los dos testigos que le escuchaban.... Nadie se ha acordado del emperador Carlos V! O lección terrible de lo efímero de las grandezas humanas! Dios mio! Dios mio! Abreviad mis días, llamadme pronto á vuestro seno y me aborrareis las grandes y fatales pruebas á que me condenais!

Diciendo esto saltó del catafalco, y arrodillándose cerca del altar, empezó á recitar sus oraciones.

Mientras, el poeta y el pintor no se atrevían á dirigirse á su encuentro, porque ya habian sobradamente comprendido que se hallaban delante del grande emperador, y solo despues de aguardar á que el monje terminase su ferviente oracion, hechó el padre Arsenio una mirada en su derredor, vió á los dos jóvenes y les llamó con la mano. Obedecieron sumisos Esteban y su amigo, pero tan turbados estaban que cayeron de rodillas al aproximarse y contemplar su arrugada y pálida frente. El religioso los hizo levantar.

—No me prodigéis hijos míos señal alguna de respeto, porque ya veis que no soy á los ojos del mundo como á los de Dios, mas que el hermano Arsenio, ni hay tampoco quien hácia mí conserve el vago recuerdo que se concede á los muertos y que les merecen algunas oraciones por el reposo de su alma. Toma, Esteban, toma este reloj, única alhaja que me resta de mis pasadas riquezas.... El tesorero del rey Felipe II no me ha

satisfecho aun el tercio de mi pension que venció quince dias ha; pero voy á escribir á Velazquez recomendándote y suplicándole te admita entre el número de sus discípulos; conque dime cuál es tu nombre para escribirselo. Ya no debes temer ninguna traicion de mi parte, añadió sonriendo; no denunciaré á tú padre tu paradero.

—Bartolomé Esteban Murillo, me llamo, señor.

—Y tú, mi poeta, en que puedo serte útil? Nulo es mi crédito en la corte, ya lo ves, y mi recomendacion lejos de servirte, solo quizá te acarrearía persecuciones como las que ha sufrido mi confesor Fr. Bartolomé. Sí, el emperador Carlos V y el monge Arsenio no parecen muy católicos á los ojos de la inquisicion y del rey Felipe II.

—Señor, replicó el poeta, solo dos gracias tengo que pedir, dos gracias que me llenarán de orgullo y de alegría.

—Habla, te las concedo.

—La primera, es que perdoneis las insensatas palabras que pronuncié ayer.

—No me acuerdo ya de eso.

—La segunda, es que permitais sellen mis lábios la augusta y gloriosa mano de V. M.

—No, abrázame; el soldado que generoso derrama su sangre por la independencia de su patria, y el poeta que se desvela por legar á la posteridad su brillo en las letras, es bien digno por cierto de entrelazar sus brazos con los de un emperador! A Dios, hijos míos! Partid! lanzáos al mundo! Quiera Dios que las artes consigan con vosotros una gloria mas duradera y menos dolorosa que la que se conquista desde el purpurino sòlio imperial. A Dios! y acordaos alguna vez del hermano Arsenio!

—Nunca Miguel Cervantes olvidará este dia, grabado queda en mi corazon, dijo el poeta arrodillándose; Esteban Murillo le imitó y el emperador Carlos V les despidió dándoles su bendicion, y enjugando una lágrima que descendia surcando sudescarnada megilla, y se retiró á su celda.

IV.

LO QUE FUE DESPUES.

Ya por fin llegaron á Madrid Cervantes y Murillo despues de un penoso viage de mas de cuarenta dias, porque cuando se viaja con poco dinero, como lo hacian nuestros dos jóvenes, se adelanta poco y se anda con lentitud.

Cervantes se dedicó inmediatamente á escribir, y la publicacion del primer tomo del *Don Quijote*, no tardó en valerle, sino fortuna como debiera, al menos pan que llevar á su boca. Bien conocida es de todos el resto de su historia, y el lamentable estado en que le sorprendió la muerte, no obstante su talento y su constante aplicacion, para que nos detengamos á detallarla ni á encomiar sus producciones tan justamente aplaudidas como bien reputadas en todo el orbe literario.

En cuanto á Murillo, no habiendo encontrado á Velazquez en Madrid, no tuvo otro recurso que apelar á la industria que habia egercido en otros pueblos, y con un doblon de oro que le prestó Cervantes en un dia de fortuna, compró lienzo y pintaba objetos de devocion y cuadros de flores y frutas. Un mercader se los compraba todos pagándole una mezquina é insignificante retribucion, mas de esta suerte pudo aunque miserablemente subsistir y esperar el regreso de Velazquez. Tan pronto como supo habia llegado el célebre pintor, se apresuró el protegido del hermano Arsenio á poner en manos del artista la carta del monge. Velazquez le recibió afectuosamente, y despues de examinar sus

cuadros, le animó, se interesó por él y participaba de los proyectos que ideaba su mente para el porvenir.

—Quiero estudiar bajo su direccion de vd. dijo Murillo, y marchar despues á Roma.

—Y yo apruebo tus proyectos y te protegeré en ellos. Desde este momento, mi estudio es el tuyo y mi casa la tuya tambien. Tienes talento y sabes demasiado para ser mi discípulo, desde ahora te declaro maestro, me acompañarás al Escorial donde participarás de mis tareas y me ayudarás con tus inspiraciones.

En efecto, trabajó Murillo durante tres años con su maestro como un igual, como un amigo, no como discípulo. Pasados estos tres años, Velazquez abandonó á Madrid y quiso llevar consigo á Murillo, pero este marchó á Sevilla donde estaba su padre avecindado hacia algun tiempo, y con el que le reconcilió el buen éxito y fortuna que habia alcanzado.

Poca sensacion causó en la gran Sevilla la llegada del joven artista, y así es que con mucha dificultad consiguió alguna ocupacion; mas despues que acabó de pintar el claustro de san Francisco, creció su fama, y el cuadro de la muerte de santa Clara y el de *Santiago distribuyendo limosna á los pobres*, pusieron el sello á su reputacion. En el primero se notaba un colorido digno de Van-Dik, y en el segundo se mostraba como afortunado rival de Velazquez. Desde este momento tantos fueron los cuadros y trabajos que le encargaron que apenas podia dar cumplimiento á todos, y que le proporcionaron una fortuna sobradamente independiente. Lejos de imitar á tantos otros artistas á quienes una vez adquirida opinion, olvidaban su gloria, él perfeccionaba cada dia mas su estilo, afirmaba mejor su pincel, y sin abandonar la suavidad y frescura del colorido que tanto le distinguia de sus rivales, procuró dar mas vigor á sus tonos y precision á sus toques.

Colocado Murillo á la cabeza de los pintores de su pais, fué por sí solo bastante para acreditar el poco apreciado y conocido mérito de la escuela española, pero lo que immortalizó su nombre fueron las pinturas al fresco con que decoró el interior de la cúpula de la catedral, y sobre todo los cuadros de *santa Isabel* y del *Hijo pródigo* que hizo en 1674 para la iglesia de la Caridad; poco despues pintó para la iglesia del Hospicio una Concepcion, cuya obra tendrá pocas que puedan compararse con ella, aun contando las producciones de la escuela romana y flamenca, y seria imposible enumerar la multitud de cuadros y pinturas con que enriqueció Murillo los templos de Sevilla. Llamado de Cadiz para pintar el altar mayor de la iglesia de los Capuchinos, hizo el célebre cuadro del *Matrimonio de santa Catalina*, mas estando ya para concluirlo, dió una caída tan violenta desde la andamiada, que se lastimó gravemente, y de cuyo accidente se resintió mucho hasta que le acarreó la muerte en Sevilla, el dia 3 de abril de 1682.

Por desgracia de nuestro desventurado pais, de tantas bellísimas producciones como creó su elevado génio é infatigable asiduidad y aplicacion, tan solo se conservan en nuestros museos algunos aunque escasos cuadros de este célebre artista; mas en cambio las galerías de pinturas del Louvre y de Versalles y de otras cortes extranjeras, muestran y conservan con aprecio multitud de pinturas de nuestro compatriota; y si al recorrer los vastos salones que las contienen, derrama el viajero una lágrima amarga considerando en ajenas manos lo que debiera ser objeto del patrimonio nacional, por lo menos consuela su acerbo dolor, cuando con marcadas señales de respeto le dicen, esta es obra de *Murillo*, porque entonces siente brotar en su pecho un sentimiento de orgullo y esclama:

—Murillo, era español!

UN CONTEMPORÁNEO.

ESTUDIOS MORALES.

EL FENÓMENO VIVO.

SEGUNDA PARTE.

CAPÍTULO I.

LA AHOGADA.

Hacia mediados de agosto de 1572, es decir ocho años después de los acontecimientos que hemos referido en la primera parte de esta historia, se paseaban dos hombres por las riberas del Sena en frente del Louvre; el de mas edad acababa de salir de este palacio, y su figura hacia gran contraste con la de su compañero. Viejo, alto, la frente cubierta de una larga y espesa cabellera contra la costumbre de entonces, semejaba á las estatuas de los atletas, que nos han dejado los antiguos, y cuyas formas sublimes sin que puedan tacharse de exageradas, sobrepujan á las proporciones vulgares de la naturaleza humana. El otro, por el contrario, calvo, picaresco, y tan pequeño que apenas llegaba al hombro del gigante que iba á su lado. La misma oposición se observaba en sus vestidos: el gigante llevaba un jubon y unos greguescos de paño pardo ordinario, y una toca de la misma especie cubria su cabeza, mientras que el hombre pequeño manejaba con gracia su capa de terciopelo, y se entretenia con un magnifico collar de oro que brillaba en su pecho. Además ceñia espada, y sus botines de finísima piel y las espuelas de oro manifestaban sus pretensiones de nobleza.

—Maese Juan Goujon, dijo este último, no cesaré de repetiros que vuestro bajo relieve de la *Resurrección* me parece una obra maestra digna de los mayores elogios. La idea está concebida ingeniosamente y ejecutada con talento. Pero á lo que nada puede compararse en belleza es á vuestra *Ninfa adormecida* (1).

Juan Goujon escuchaba con ingenua alegría y no trataba de impedir los elogios del que así le hablaba.

—Verdaderamente, señor Miguel de Montagne, que me enagena el gozo al oiros; porque la aprobación de inteligentes como vos es tan dulce y alhagüeña, que raras veces se disfruta de ella. Los señores y los elegantes de nuestra época se ocupan mas de perfumes, de billetes amorosos y placeres que del gran arte del escultor. No sucedia así en el reinado de Enrique II el grande. Su hijo no se parece á él..... Pero ¿quién es el que se dirige hacia nosotros? La oscuridad de la noche que empieza á estenderse me impide distinguir los objetos con claridad. Sin embargo, si no me engaño, es Teodoro de Beza, la lumbrera de nuestra comunión.

Corrió al encuentro del ministro protestante, que respondió cordialmente á la buena acogida que recibia.

—Si, maese Juan, soy yo. Detenido mas de dos años en país extranjero, vengo al fin á gozar en paz del triunfo de la reforma; ya que, gracias al edicto de Amboise, no somos perseguidos, sino que por el contrario somos mas poderosos que los mismos católicos. Enrique de Navarra se ha desposado con la princesa Mar-

garita, hermana del rey Carlos IX; el almirante Coligny recibe del monarca el nombre de padre, y los favores se reparten indistintamente entre nosotros y los católicos. Los tiempos de persecucion y de prueba han pasado para siempre, según creo.

Miguel de Montaigne no pudo reprimir una sonrisa que la penetrante mirada de Teodoro de Beza percibió al momento.

—¿Vos no soy de mi opinion, señor? le preguntó.

—Venerable Teodoro de Beza, yo hice criar en mi castillo un lobo y un corderillo, que vivian en buena inteligencia, porque el cordero temiendo siempre al lobo tenia cuidado de no quedar solo con él, y si bajo la salvaguardia de algun criado. Al cabo de un mes ó dos el cordero alojó en su vigilancia, asegurado con las caricias del lobo que de enemigo se habia convertido en compañero inseparable, en tanto grado que los dos dormian juntos. Una mañana no encontré mas que los huesos del cordero, sangre y un poco de lana.

—Segun eso, señor de Montagne, sois de parecer...

—Soy de parecer que este sitio no es á propósito para tal conversacion, interrumpió Juan Goujon, y que el señor de Montagne obra en este momento como el cordero de su castillo. Además que no perteneciendo nosotros los protestantes al ganado lanar, llegado el caso les enseñariamos los dientes y las uñas. Durmamos tranquilos. Se necesita mas de una dentellada para devorarnos, y al primer mordisco nos pondremos todos de pie. ¿No es verdad señor Teodoro?.....

Aquí fué interrumpida la conversacion por una voz, que pedia auxilio. El ministro protestante, Montaigne y Juan Goujon acudieron á la orilla del rio, de donde parecian salir los gritos y encontraron á un jóven decentemente vestido de negro luchando contra la corriente. Con una mano se habia agarrado á una de las argollas de hierro de la pared del muelle y con la otra sostenia á una muger. Mientras Juan Goujon se precipitó de lo alto del muelle sin reflexionar que su ayuda de nada servia á las personas que estaban en peligro, Montaigne y Teodoro de Beza con un celo mas bien entendido, bajaron por una escalera de piedra que estaba poco distante, desataron una de las barcas amarradas al pie de la escalera y acudieron al socorro del jóven, de la muger y del mismo Juan Goujon.

Mientras volvian á ganar la escalera á fuerza de remos, el jóven que era italiano, contó á sus libertadores que, habiendo visto pocos minutos antes pasearse por la orilla del rio á aquella muger que parecia sufrir mucho pues apenas podia sostenerse, se iba á acercar á ella cuando la muger tropezó con una piedra y cayó en el Sena. Al instante me precipité para socorrerla, continuó diciendo el jóven, y habiendo tenido la felicidad de cojerla, me esforzaba por llegar á la escalera cuando me faltaron las fuerzas. Apenas tuve tiempo para agarrarme á la argolla de hierro, que me presentó la Providencia. El resto, señores, lo sabeis ya; que os debo la vida, que este digno señor despreciando el peligro, se

(1) Este bajo relieve existe en el Louvre.



ha arrojado á el agua y ha sostenido mientras los dos acercábais la barca, el peso que yo ya no podía sostener y que indudablemente me hubiera sumido en el fondo del río.

—Sois muy jóven para morir, dijo sonriéndose Montaigne. A vuestra edad se tienen tantas ideas falsas, tantas creencias dulces y falaces; el amor, la gloria....

—Y vos, señor, llamais mentiras al amor y á la gloria?

—El amor es una pasion llena de dulzura, pero tambien es un apetito desarreglado...

—¿Estamos ahora para disertacion filosófica? interrumpió Juan Goujon, no seria mas oportuno un buen fuego? Yo no puedo llevaros á mi taller del Louvre, las verjas de palacio están cerradas, pero mi habitacion no está lejos. Seguidme á la calle de Jouarre y traslademos alli á esta pobre muger; siente que su corazon palpita aun. Estoy seguro de que no tardará en volver en sí.

Juan Goujon y el italiano ayudados por Teodoro, cargaron sobre los hombros á la desconocida que la casualidad habia puesto á su cuidado de un modo tan singular. Por lo que toca á Miguel de Montaigne se arregló de modo que no le cupiera parte en la conduccion de la carga, manteniéndose á alguna distancia para que el agua que chorreaba sobre sus compañeros no salpicara su capa nueva de terciopelo.

Luego que llegaron á casa de Juan Goujon, sacó este una llave del bolsillo y abrió una puerta baja llena de molduras y grabados que daba á su habitacion; ayudó en seguida al italiano y á de Beza á colocar la ahogada sobre la única cama, que se veia en el salon adonde estaban; despues de esto despertó á un criado que dormia sobre un banco y que se levantó atontado del sueño y de una embriaguez que aun no se le habia disipado.

—Bribon, le dijo el escultor, entérate bien de las órdenes que voy á darte, sino quieres que te muela á palos; vete en seguida á casa de Maese Ambrosio Paré y tráelo aqui inmediatamente. Señor italiano ¿no convenia que, á la vuelta fuera á vuestra casa para traer otros vestidos? porque no favorece nada á la salud estar como estais tiritando con ese jubón y esos calzones empapados de agua.

A esta invitacion se cubrió de encarnado el rostro del jóven; pero desechando al instante este movimiento de vergüenza infundada, contestó con una sonrisa llena de gracia y candidez.

—Os advierto que no tengo mas vestido que el puesto. Pronto se secará con la ayuda de esta hermosa chimenea llena de lumbré.

Juan Goujon alargó la mano al jóven y Miguel de

Montaigne echó mano al bolsillo que llevaba en su ceñidor; pero no se atrevió á sacar las dos monedas de oro que ya habia cojido porque la mirada que dirigió al jóven bastó para hacerle conocer que seria mal recibida su oferta de dinero, por un caballero de altivo rostro y de modales distinguidos.

Entretanto Teodoro de Beza inclinado sobre la cama de la ahogada conseguia volverla á la vida, merced á unas cuantas gotas de vino que hizo calentar Juan Goujon, las que bastaron para reanimarla completamente. Apenas abrió los ojos, miró con sorpresa á todas partes y fijándolos de repente sobre Teodoro de Beza:

—El cielo os conduce cerca de mí, dijo con voz débil y balbuciente. Vos me ayudareis á impedir que un huérfano sea despojado de la herencia de su padre. Estorbareis un crimen, del que tal vez vos sois la causa. Si, el cielo os envia cerca de mí.

Entonces ella recordó en pocas palabras al ministro protestante el matrimonio del baron des Adrets con madama de Montelimart y le refirió la estraña desaparicion de Raoul.

—No cabe duda, añadió, que si el niño no ha sido asesinado (y una voz secreta me asegura que han respetado sus dias) se le oculta en algun oscuro rincon, donde la malicia del baron des Adrets le retendrá hasta el momento en que hayan venido á parar á su poder todos los bienes de Montelimart. Vos sois poderoso, señor de Beza, estos caballeros lo son tambien, todos me ayudareis y conseguiremos encontrar á mi Raoul.

—Segun el interés que manifiestas, debes querer mucho á ese niño.

—¡Si lo quiero! ¡es mi hijo, mi hijo de leche! Hace ocho años que corro la Francia en su busca, á pie, sin recursos, mendigando de puerta en puerta, sufriendo hambre, frio y padeciendo humillaciones sin número; pero una fuerza divina me sostiene y cuando sufro mucho, cuando el desaliento se apodera de mí, abrumada por la pena que me agobia, oigo una voz que me grita: ¡Vive aun! Y el valor y la energía vuelven á mi corazon.

El jóven italiano enjugó una lágrima; Juan Goujon hizo lo mismo y Teodoro de Beza prometió ayudar á Juana en sus proyectos.

—Tanto mas, añadió, cuanto que el baron des Adrets acaba de abjurar el protestantismo y pronto será un enemigo de los hugonotes. Es un beneficio para nuestra causa desenmascarar al traidor.

—El baron es muy poderoso y ademas está protegido por la reina madre.

—Pero la justicia está de nuestra parte.

—¿Y como fué, preguntó Montaigne, procurando dar

otro giro á la conversacion, que caisteis en el Sena, de donde este jóven os ha sacado con tanta felicidad?

—Hacia cuatro dias que no me desayunaba. Me habian rechazado de todas las puertas á que acudí pidiendo un pedazo de pan. No hay tanta caridad en las grandes ciudades como en las aldeas; en estas el mendigo siempre es socorrido, en aquellas no hay ninguna compasion.... ¿qué mas puedo deciros? padecia mucho, andaba á la aventura, mi vista se turbaba y cedian mis rodillas. Tropecé en una piedra, despues ya no ví ni sentí nada hasta que me he repuesto en medio de vosotros.

—Maese Juan, dijo Teodoro de Beza despues de reflexionar algunos instantes, conservad en vuestra casa á esta muger hasta mañana por la mañana; yo os lo suplico.

—¿Hasta mañana? si ella quiere hasta que yo me muera, porque es una muger noble y desinteresada.

—Creo que la he de servir de mucho en sus pesquisas; se me figura que el paradero del jóven Raoul está mas próximo á descubrirse que lo que indican las apariencias. Adios, hasta mañana á las oraciones, si os parece. ¿No os venis conmigo, señor de Montaigne y vos tambien señor caballero?

—El italiano y Montaigne se levantaron para seguir á Teodoro de Beza.

—Un momento, dijo Juan Goujon: antes de separarnos supliquemos á este caballero que nos prometa asistir mañana á nuestra cita y para merecer este honor démonos á conocer á él. Ved aqui al señor de Montaigne, caballero de la órden del rey y gentil-hombre de su cámara.

—El autor de los *Essais* añadió inclinándose el italiano.

—Este otro compañero replicó el escultor es Teodoro de Beza, reverend ministro de la religion reformada y una de las lumbreras de la iglesia protestante.

—Soy un verdadero católico, interrumpió el jóven, pero he admirado mas de una vez los escritos elocuentes del miembro mas sábio de la academia de Ginebra, y sé de memoria los hermosos versos de Poemata juvenilia (1).

—El dueño de la casa donde nos hallamos, dijo á su vez Montaigne, ya que conoceis tan bien á todas las personas que tienen alguna fama, es el escultor mas célebre de que se envanece la Francia; Juan Goujon.

—Cuyas obras maravillosas se admiran á cada paso en París, especialmente la magnífica fuente de los Inocentes (2) que envidiaria el mismo Miguel Angel.

Aqui bajó los ojos el extranjero y se ruborizó al añadir:

—Apenas me atrevo á darme á conocer á una reunion tan distinguida; me llamo Torcuato Tasso, y he venido á París formando el séquito del cardenal de Este.

—Sea bien venido el autor de *Aminta*, el cantor de *Reinaldo* (3). Ya no me admiro jóven de que creais en el amor y la gloria, porque la gloria y el amor os colman de favores. ¿Y como es que el hijo de las musas, el protegido de la princesa Leonor, sea tan pobre que no tenga mas que un vestido?

—La razon es que un poeta es orgulloso y no mendiga los favores de los grandes; demasiado sufre cuando la generosidad de estos viene á su ayuda sin que él la solicite. Mi padre no me dejó mas que una herencia pobre y un nombre puro y sin tacha. Antes de dejar la Italia me ha sido preciso para subvenir á los gastos de

mi viage, empeñar á unos judios todo mi patrimonio. Casi se me ha concluido ya la pequeña suma que me dieron los usureros. El cardenal de Este no se acuerda de mí, olvida las promesas que me ha hecho y soy demasiado altivo para ir á pedirle nada.

—Bien hecho, jóven, gritó Juan Goujon.

—Si, murmuró Montaigne, bien hecho por lo que toca á su amor, pero no respecto de su jubon y sus calzones.

Ni Torcuato Tasso ni el escultor oyeron la reflexion del filósofo, merced á la llegada de Ambrosio Paré, que vino á interrumpir la conversacion. El célebre cirujano declaró á Juana fuera de peligro, recetó lo necesario para que se restableciera enteramente, y se despidió de los nuevos amigos que se separaron prometiendo volver á reunirse el dia siguiente á las oraciones. Teodoro de Beza y Torcuato Tasso volvieron á sus casas á pie. Miguel de Montaigne rogó al cirujano real, que hiciera apear de la mula á uno de sus criados y le prestase esta cabalgadura para volver á su casa mas pronto y con mas comodidad.

CAPITULO II.

EL FENÓMENO VIVO.

Al dia siguiente cerca del anochecer, Torcuato Tasso y Miguel de Montaigne llegaron á la cita que en casa del escultor les habia dado Teodoro de Beza. No tardó este en reunirlos y los cuatro salieron llevando á Juana consigo.

Mientras Teodoro marchaba delante de sus compañeros, tuvieron estos tiempo para observar la mutacion que se observaba en los vestidos de su guia. Al trage talar propio de los ministros hugonotes, á la gran valona, signo característico de los profesores de Ginebra, habia sustituido una capa y una casaca de soldado. Una espada larga colgaba de su cinturón, y un casco con plumas cubria su cabeza, inclinándose graciosamente hacia el lado izquierdo.

Despues de hacer atravesar muchas calles á los que le acompañaban, Teodoro de Beza se dirigió hacia el Puente-Nuevo y señaló con el dedo una gran tienda de campaña á cuya puerta ocho ó diez músicos tocaban la trompa y el corno, mientras, que una especie de histrión, chocarreramente vestido gritaba:

¡Entrad, señores, entrad! ¡Aqui se ven los volteadores incomparables, y el enano maravilloso llamado *El Fenómeno vivo*!

—Ahí es donde vamos, dijo con gravedad el ministro.

Sus compañeros se miraron de reojo, y Juan Goujon no pudo contener una gran carcajada.

—Por mi alma, dijo, mi querido doctor, mas valia que nos hubiérais dicho que teniais curiosidad de ver los volatines, que hace algunos meses llaman la atencion de toda la ciudad, que serviros del pretexto de la historia que la pobre Juana nos ha contado para traernos á este sitio.

—Silencio, Juan, silencio. Examinad las cosas antes de fallar sobre ellas. Cuando salgais de esa tienda, tal vez antes salir, confesareis que mi conducta no es tan frívola ni insensata como suponeis. Rodeadme, amigos míos de modo que no pueda ser conocido. Luego que nos hayamos colocado, no perdaís de vista á Juana, y tened cuidado no la venda su emocion por palabras ó por gritos.

Diciendo esto sacó del bolsillo algunas monedas y todos cinco fueron á colocarse en la parte mas oscura de la graderia que rodeaba el interior del retablo, de-

(1) Obra compuesta por Teodoro de Beza.

(2) Estaba arrimada entonces á una casa de la calle de Saint Denis.

(3) Poema que precedió y fué la primera idea de la *Jerusalén*.

jando en el medio una especie de picadero de dimensiones bastante grandes.

La reunion era numerosa; los músicos que tanto se afanaban en hacer ruido por la parte de afuera, entraron dentro, tomaron posesion de su tabladillo, volvieron á empezar á soplar con mas fuerza aun, y se dió principio al espectáculo.

Mientras que los volatineros ejecutaban todas las maravillas del arte sobre la silla de un caballo, Montaigne se acercó al oído de Torcuato Tasso y le dijo.

—Por mucha destreza que manifiesten estas pobres gentes, no pueden compararse con el mejor jinete, el mas seguro, el domador mas hábil que he conocido; hablo de Carnevalet, que servia á nuestro rey Enrique II; porque á mi ver ninguna nacion nos aventaja en conocimiento y gracia para manejar un caballo.

«Yo he visto á un hombre correr á galope puesto de pie sobre la silla, desensillar y volver á ensillar, cojer del suelo cualquier cosa con un pie en tierra y otro en el estribo, corriendo siempre á toda brida, y hacer otras habilidades para ganar de comer. En mi tiempo se ha visto en Constantinopla á dos hombres sobre un caballo, que se arrojaban al suelo dando volteretas en el aire yendo el caballo á todo escape y despues volvian á montar y uno de ellos con las bridas en los dientes guiaba al caballo. Otro entre dos caballos, ponía un pie sobre cada uno de ellos y cogiendo en sus brazos á otro hombre salian los caballos á galope, y el que estaba sobre los brazos del primero disparaba con un arco tiros muy certeros. Otros muchos de cabeza en la silla y los pies hácia arriba se tenían perpendiculares rodeados de puñales clavados en los arneses con la punta hacia fuera, y en esta postura hacian correr al caballo. En mi niñez me acuerdo que el principe de Sulmont para manifestar la

«firmeza con que montaba, ponía entre la silla y sus rodillas unas monedas que se quedaban en el mismo sitio como si estuvieran clavadas á pesar de los saltos y corbetas que el principe hacia dar al caballo (1).

Mientras esto decia un murmullo de emocion que resonó por toda la sala llamó la atencion de todos. Acababa de presentarse á la entrada del picadero un caballo de una alzada monstruosa, con la crin desordenada y en pelo; el gigantesco animal cuya mirada era de fuego, escarbaba con impaciencia la arena, sorbia el aire con sus anchas narices y dos palafreneros colgados de la brida apenas podian sugetarle. De repente se oyó una detonacion de mosquetería; los palafreneros arreglan la brida del caballo y una criatura extraña, monstruosa se lanza sobre el salvaje animal. La muchedumbre grita por todas partes; ¡mira el Fenómeno vivo! ¡mira el Fenómeno vivo! Tal era el entusiasmo que nadie excepto los cuatro amigos, reparó en el desmayo de Juana que cayó al suelo sin sentido gritando:

—Raoull! si, es Raoull!

Aquel, en quien la fiel nodriza habia reconocido á su joven amo, era un enano, cuyos brazos desmesuradamente largos y cuya enorme cabeza pertenecian á un cuerpo disforme, que terminaba en unas piernas velludas y pies de mono; una cabellera roja, parecida á la melena de un leon, le cubria el rostro y aumentaba el horror que inspiraban dos ojos feroces y una barba que le llegaba á la cintura. Cuando el animal sintió sobre sus lomos al terrible jinete, empezó á encabritarse. El enano, sin inquietarse por sus demostraciones hostiles, de un salto se puso de pié en las ancas del furioso animal y empezó á descargar fuertes latigazos sobre él. Siguióse una lucha corta, pero terrible. Una nube de arena que

(1) Montaigne, *Essais*.



envolvió á los dos mónstruos, impidió á los espectadores juzgar del combate mas que por los relinchos del caballo y los gritos del hombre. Por último cesaron los relinchos, los gritos se apaciguaron y se vió al enano vencedor emprender su carrera en el picadero. De pié sobre el sumiso caballo, se entregó á mil estravagancias mas propias para escitar el espanto que la admiración; tan pronto saltaba por los aires y dando cien vueltas caía á plomo sobre su caballo; tan pronto se introducía por la garganta una espada y con ella daba dos ó tres vueltas al rededor del picadero. Ya se tendía, y sosteniéndose con solo un pié sobre las ancas dejaba caer todo el cuerpo como si estuviera muerto, ya se levantaba y tirando al aire varios puñales, que se le veían en la cintura, jugaba con ellos por espacio de un cuarto de hora sin que estas armas cortantes le hicieran la menor herida.

Pero lo mas extraordinario que hizo, lo que dejó confusos á todos los espectadores fué cuando le entregaron una bola de cera; la tomó en sus manos, la amasó y no tardó en darle la forma de un negrito. En seguida arrojó al aire esta figura improvisada, la recibió en las manos y la pasó por las narices del caballo y era tal la propiedad con que estaba hecho el muñeco, que los espectadores temían y temblaban á cada uno de los saltos que el enano le hacía dar como si fuera un niño verdadero. En el momento que el pueblo se entregaba á sus emociones, el mónstruo agarró al negrito, lo llevó á sus labios figuró que le devoraba las entrañas y lo arrojó lleno de sangre en medio de la muchedumbre, desapareciendo con su caballo entre el ruido, llamaradas de fuego y torbellinos de humo, que lanzaba á su alrededor un artificio de pólvora, que encendían para este efecto.

Mientras aplaudían con frenesí unos y otros desocupaban la gradería, Juan Goujon recogió la figurita de cera caída á sus pies y la enseñaba sorprendido á sus compañeros ocupados en sostener á Juana que apenas volvía en sí repitiendo entre sollozos:

—Raoul! mi jóven amo Raoul!

Mirad, decía el escultor olvidando á Juana, á Raoul y á todo el mundo, mirad. Pocos momentos le han bastado para hacer un bosquejo admirable. Todo se halla en armonía en esta obra improvisada, se advierte en ella un conocimiento profundo de anatomía. Este singular artista, por medio de toques maestros ha sabido dar una verdad, una existencia real á este cuerpo. Yo me consideraría dichoso si hiciera otro tanto en un día entero de trabajo y de inspiración. Es necesario que un hombre semejante abandone esa vida de saltimbanquis, en que vegeta miserablemente; es preciso que llegue á ser un escultor grande y sublime.

Al decir esto brillaban los ojos del anciano y su voz temblaba de entusiasmo y de alegría.

—Teneis un corazón noble Juan, exclamó Teodoro de Beza, el corazón mas noble que he conocido jamás. Pero no temais; *el Fenómeno vivo* cambiará muy pronto su nombre y su profesión por el título de baron de Montelimart.

—¡El, él, baron de Montelimart! repuso Montaigne.

—Sí, ¿no os lo han dicho la emoción y las palabras de Juana? Ya anteriormente la casualidad me había hecho conocer que *el Fenómeno vivo* era una infeliz criatura, que hace algunos años se había encontrado moribunda en un torrente del Delfinado. Unos bohemios la recogieron, y vendando las heridas de que estaba cubierto todo su cuerpo, consiguieron curarle y le enseñaron todas las habilidades de su oficio, para las que su fealdad le hacía muy á propósito. El ejercicio y el trabajo han desarrollado sus fuerzas y destreza, y ved aquí la razón porque le habeis visto ejecutar cosas tan increíbles. Desde que está en París con los saltimbanquis sus

compañeros, tiene una vida mas salvaje aun y mas retirada que nunca; no ha querido ni estar en la misma habitación que ellos, ni aun indicarles el sitio donde se guarece con su caballo que es á lo único que demuestra algun afecto.

Todos estos detalles me los ha dado un palafrenero del rey de Navarra, que es muy amante de la equitación y muy diestro en estos ejercicios; ha sabido ganarse la confianza de estos volteadores y sacarles poco á poco todas estas noticias. Por consiguiente la emoción de Juana, el lugar en que los bohemios hallaron al niño y hasta su enfermedad, todo me evidencia que *el Fenómeno vivo* no es otro que el jóven Raoul de Montelimart, cuya herencia quiere apropiarse el baron des Adrets. Pero ¿adonde se han ido Maese Juan Goujon y el jóven italiano?

—Se habrán perdido en la confusión, contestó Montaigne, esperémonos aquí á un lado con esta muger, no tardarán en venir á reunirse con nosotros. ¿Y que pensais hacer con vuestro descubrimiento que me parece apoyado en pruebas satisfactorias?

—Quitar la máscara al baron des Adrets, á ese vil apóstata; hacer que le destierren ignominiosamente de la corte y obligarle á que restituya á su legítimo dueño la baronía de Montelimart.

—Empresa peligrosa es esa, señor Teodoro de Beza y que puede tener malos resultados para vos. El baron des Adrets es poderoso, goza del favor de la reina madre y es capaz de todo por deshacerse de un enemigo.

—Y ¿son nada, señor de Montaigne, mi nombre, la alta posición que ocupo en la iglesia protestante y la influencia de mi carácter? ¿Quién se atrevería á levantar el puñal sobre Teodoro de Beza? ¿quién se atrevería á negarse á hacerle justicia, aun cuando la pidiera contra la misma reina madre? Coligni; el rey de Navarra, todos los hugonotes en fin ¿no se levantaron á una señal de mi mano para ayudarme, para defenderme? Ya lo veis, los católicos tiemblan ante los protestantes, porque solamente el miedo es el que ha podido decidirlos á hacernos las concesiones inmensas y sin número, que nos han hecho. Os lo repito, dentro de algunos días el baron des Adrets será reconocido por un infame, y por un infanticida; dentro de algunos días se verá despojado de esa gran fortuna que tanto le ensoberbece. No se necesita mas que un soplo del huracán para tronchar el cedro del Líbano.

Si estais seguro del éxito, señor Teodoro de Beza, nada tengo que deciros. No obstante, tomad bien vuestras medidas y pensadlo antes de emprender nada, añadió Montaigne con una de sus sonrisas imperceptibles, llenas de desden y sarcasmo... Pero yo creo que esperamos inútilmente á nuestros compañeros, pues todo el mundo ha desaparecido. ¿Queréis que os acompañe á vuestra habitación? yo he hecho venir algunos criados y deben estar allí abajo, segun creo, por la luz de aquellas hachas.

Silvó de un modo particular y se acercaron cuatro criados montados en mulas y teniendo por la brida á un caballo enjaezado.

—Bajaos dos de vosotros y dad las mulas á este señor y á esta muger dijo Montaigne.

Teodoro de Beza, rehusó este ofrecimiento.

—Os doy gracias, dijo; tengo que tomar algunos informes antes de dejar estos lugares y tambien necesito avisar al escultor, que me llevo á Juana conmigo.

Miguel saludó al ministro, picó á su caballo y no tardó en desaparecer.

En el momento que Teodoro de Beza se alejaba tambien con Juana, los volatines salían del picadero; *el Fenómeno vivo* era uno de los últimos, iba montado en su caballo y al ministro se le figuró que dos hombres envueltos en sus capas seguían á lo lejos al saltimbanqui.

CAPITULO III.

EL ARTISTA.

No se equivocó Teodoro de Beza, dos hombres seguían al *Fenómeno vivo* y estos dos hombres, que el ministro no pudo reconocer, eran Juan Goujon y Torcuato Tasso. Sin perder de vista al raro personaje, que excitaba su curiosidad hasta tal extremo, marchaban detrás de él á alguna distancia pero no tan lejos que no oyeran las palabras, que dirigía á su caballo.

—Vamos, Tristan, le decía, vamos amigo mío, no andes tan de prisa; estás nadando en sudor y te sería peligroso llegando en este estado, quedarte quieto de repente en tu caballeriza húmeda. Marcha al paso, Tristan, si es que quieres, ó sino me enfado, y ya sabes que en nuestras pendencias siempre soy el mas fuerte, añadió tirando de la brida al caballo, que apretaba el paso para llegar mas pronto á la caballeriza. Tristan se encabritó sin que el ginete le hiciera la menor concesión y después de una lucha de algunos instantes, el animal tuvo que ceder y volvió á tomar el paso, no sin que le animara y le consolara el enano que lo montaba.

—Es por tu bien, Tristan, nada mas que por tu bien, ¿crees tú que me guste mas que á tí atravesar tan despacio estas calles tan tristes y tan llenas de lodo? Consuélate querido mío.

—Sin interrumpir las cariñosas exortaciones, que dirigía á Tristan, se encaminaba al cuartel de los *Inocentes*, al que llegó por último. En medio de unas ruinas habia una especie de cuadra y allí entraron el hombre y el caballo. Juan Goujon y el italiano penetraron igualmente en aquel sitio, que mas parecia caballeriza, que habitacion humana. Se escondieron detras de la puerta, de modo que el enano no pudiera percibirlos.

Este se apeó; echó yescas y encendió una tea que apoyó contra la pared, y quitándose la capa en que iba embozado, empezó á desnudarse del traje de volatin, dejando al aire sus espaldas disformes y sus brazos robustos. En seguida echándose el pelo hacia atrás colocó á Tristan delante de un pesebre sin atarlo, y se puso á limpiar al caballo con mucho cuidado y ternura. Asi que concluyó con la almohaza y el peine, cubrió con su jubón al noble animal, que lanzó un prolongado relincho. Al oírlo, el enano, que se habia separado ya algunos pasos, volvió á él, abrazó las espumosas narices del amigo que parecia reprenderle porque le abandonaba sin darle las señales acostumbradas de ternura, y quitando la tea de donde estaba la colocó en otra parte de la cuadra.

—Tienes razon, Tristan, hace algunos dias que te descuido; hace algunos dias que no soy el mismo para tí. ¿Qué quieres? si no me puedo desembarazar de esta idea que me persigue. Otras veces ya lo habia conseguido, pero desde que estamos en Paris, desde que encuentro á cada paso las obras maestras de Juan Goujon, la cabeza me arde y una voz misteriosa me grita sin cesar; ¡Trabaja trabaja! ¿Y para qué? ¿y cómo? Hace ocho dias que consagro á esta figura todo el tiempo que mi penosa profesion me deja libre y.... ¿qué he conseguido? nada que compense las noches sin sueño y los dias que hemos pasado, tú sin cebada y yo sin pan, por costear este monton de barro.

Diciendo esto pasaba la luz ante una estatua bosquejada. Juan Goujon olvidándose del misterio con que habian entrado en casa del enano salió bruscamente de su escondite. Cojió este una enorme estaca y se precipitó sobre el que así le sorprendia, cuando Torcuato se interpuso entre los dos.

—Deteneos, exclamó, respetad á Juan Goujon.

El enano se quedó con el brazo levantado y en un estado de emocion y sorpresa dificiles de pintar.

—¡Juan Goujon en mi casa! gritó; ¡es un sueño! yo me vuelvo loco. No me faltaba mas que esta desgracia. Pero no, es él, bien le conozco, porque mi primer cuidado al llegar á París fué buscarle para verle ¿qué motivo os conduce, maestro, á mi pobre choza? ¿La casualidad?

—No, el deseo de verte.

—¿A mí? ¿y quién os ha podido decir mi habitacion?

—Te hemos seguido para descubrirla.

—¿Para qué?

—Porque la estatua pequeña del negro que has hecho esta noche en el picadero, me ha hecho ver en tí el germen de un gran artista, porque esa estatua de San Juan me confirma en tal idea. ¡Mirad, señor Torcuato, mirad, que candida nobleza, que angelical dulzura en las facciones del discípulo bien amado, para quien el Salvador no tenia sino palabras tiernas y el único de sus apóstoles que no quiso someter á los tormentos del martirio! La postura es natural, pero el ropaje no tiene gracia ni elegancia. Estos pliegues cortos y sueltos podrían convenir á Pablo con la espada en la mano, pero los vestidos de Juan deben caer con gracia y suavidad. Sin embargo esto es bueno, muy bueno. Es menester abandonar la profesion de saltimbanquis para convertirte en un escultor, siendo mi discípulo, si tú quieres.

—Señor Juan Goujon, si sois en efecto este maestro célebre no os burleis de mí; porque esto seria jugar con mi razon y mi vida.

—Jóven, yo hablo con seriedad y si mis palabras graves y solemnes como son no os convencen, mirad las lágrimas de admiracion que bañan el rostro de este jóven al contemplar vuestra obra. Por lo demas quiero daros pruebas de que esto no es un sueño. La reina madre Madama Catalina de Médicis me ha encargado un Cristo para su oratorio, debo presentarle el modelo dentro de ocho dias y pensaba empezar mañana el bosquejo, pero ahora os encargo este trabajo. El Cristo debe estar en la cruz y del tamaño natural. La reina me ha dado cincuenta monedas de oro, he aqui la mitad; mañana os daré el resto. Cuando tratemos de vaciar en bronce vuestra obra, tendremos que volver á hablar de dinero. Vamos ¿que os parece este convenio?

Todos los miembros del enano se estremecian y miraba alternativamente con sorpresa á Juan Goujon y á Torcuato; el sudor bañaba su rostro y le fué preciso apoyarse en la pared, porque sus piernas no le podian sostener.

—Dios y la Santísima Virgen os bendigan, maestro, por lo que acabais de decirme; me haceis sentir la alegría primera que ha probado mi corazon. Pobre niño, disforme, recogido en el agua de un foso, mi triste juventud ha corrido hasta aqui en la miseria y abyeccion. ¡Ay de mí los miserables á quienes debo la vida se han vengado cruelmente del beneficio fatal que al darme la me hicieron; malos tratamientos, golpes, desprecios, especulaciones vergonzosas fundadas sobre mi fealdad y enfermedades, esta ha sido mi vida hasta aqui. Se reian de mí al verme amasar el barro, al oírme hablar de vuestro arte sublime y he aqui que este arte va á ser tambien el mio. Porque vos me aceptais por discípulo; porque vos me encomendais un trabajo que la reina os habia confiado ¿no es verdad, maestro? No pido mas que un favor á Dios, y es que no sucumba á la alegría, que viva para gozar de tanta felicidad. ¡Alerta, Tristan mío, ya hay tambien para nosotros dias dichosos! ¡Alerta, único amigo en mis dias de tribulacion! No mas picadero público, no mas vergüenza para nosotros. Ya eres el caballo de un hombre libre; ya

eres el amigo de un escultor. Levanta la cabeza, no perteneces mas á un juglar, Tristan, no eres tú tampoco un saltimbanquis. Perdonadme, señores, pero el gozo me enagena y ademas hace tanto tiempo que Tristan es mi único amigo!

Y cayó desvanecido fuera de sí, á los pies de Juan Goujon.

—Entregáos con libertad á vuestras emociones. Dentro de dos dias volveré á veros, pero antes de separarnos quiero saber vuestro nombre; ¿Cómo os llamais?

—¿Mi nombre? ¿tengo yo nombre acaso? ¿Le tienen los juglares? Estos me llaman *el Fenómeno vivo* y este es todo mi nombre, no tengo otro para los amos, de quienes soy esclavo, para los espectadores á quienes asusta mi presencia y que compran el derecho de silvarme ó aplaudirme cuando arriesgo mi vida para divertirlas.

—Y bien, ese nombre llegará á ser célebre, si no te encontramos otro que puedas llevar legalmente, replicó el escultor acordándose de las sospechas de Teodoro de Beza.

Fenómeno cojió las manos de Juan Goujon en las suyas largas y belludas.

—¿Seis por ventura el génio de mi destino? le preguntó. Lo que acabais de decir concuerda con acontecimientos que la gitana que me educó dejaba traslucir algunas veces. Segun ella no era un niño vulgar; mis vestidos cuando fui hallado en el torrente, eran ricos y blasonados. Si no fuera, añadía ella, porque teníamos que arrostrar la cólera de un gran señor, tu fortuna y la mia podían llegar á ser brillantes.

—No soy yo el que debo hablaros de esto, amigo mio, aunque algo sé acerca de vuestros padres. Pero ¿qué os importan el rango y la fortuna cuando la providencia os ha concedido el mayor, el mas maravilloso de todos sus dones, el talento! cuando os ha puesto en el camino que os conduzca á la independencia y á la gloria? Adios, pronto nos volveremos á ver.

Y salió acompañado de Torcuato.

Cuando quedó solo, *Fenómeno* se cubrió el rostro con las dos manos y permaneció algunos momentos sumido en profundas meditaciones, porque todo lo que acababa de ver, todo lo que acababa de oír, bullia confusamente en su cabeza atolondrada. De repente se levantó, cojió el barro y empezó á formar el bosquejo del Cristo que le habia encargado Juan Goujon, con una rapidez increíble. Cuando el alba empezaba á desvanecer las sombras de la noche, cuando los primeros rayos de la aurora penetraron con su resplandor purpúreo á través de las ventanas mal cerradas, ya la estatua iba presentando un conjunto lleno de energia y en el que se traslucia un pensamiento fecundo y poderoso.

Fenómeno satisfecho de lo que habia trabajado durante su vigilia frotó alegremente sus anchas manos una contra otra; despues se volvió hácia Tristan, que admirado de ver á su amo de pie á tales horas, le miraba como preguntándole que significaba esta novedad.

—Este es el talisman que va á cambiar nuestra suerte, mi buen caballo, esta es una estatua que debe presentarse á la reina madre, que la colocará en su oratorio. Ya no haré pedazos esta, como mis obras anteriores. No, Tristan, no, señor Tristan, fundidores, obreros hábiles vendrán á llevársela con precaucion para vaciarla en bronce, en verdadero bronce, contra el que nada podrá el tiempo; en bronce que durará siglos y en el que se leerá el nombre de tu amo *Fenómeno*, este nombre tan pobre y tan insultado. Ademas tenemos oro y ahora mismo, Tristan, vas á recibir doble racion de cebada y una buena manta que te arroje bien y te abrigue hasta las rodillas. Y no creas que te quito mi jubon para ponérmelo yo, no Tristan, no por vida mia.

¡Fuera jubon y todo el traje de saltimbanquis! Quiero arrojarlo al fuego para llevar los vestidos como los lleva todo el mundo. Ya no tendré el cabello largo, que me hace tan espantoso y voy á cortarme la barba como el jóven, que anoche acompañaba á Juan Goujon. ¡Ay Tristan! nunca seré tan elegante, tan hermoso como él, pero á lo menos no seré un objeto de asco y de horrible curiosidad. ¡Y luego la gloria! la gloria, ¿querrás creerlo Tristan? hace parecer hermosos á los hombres. ¡La gloria! ¡Yo he de alcanzarla! Dios mio ¿es verdad tanta dicha? Van á realizarse mis delirios que yo miraba imposibles. ¡Salgo del lodo para subir hasta el cielo! ¡Oh Tristan, mi noble Tristan, cuán grande es la misericordia de Dios y cuan infinita su sabiduria!

Fenómeno despues de abrazar tiernamente al caballo que volvió muy sério la cabeza á su pesebre, tomó tres ó cuatro monedas de las que le dió la vispera Juan Goujon y se embozó en su capa; porque ya no podia resolverse á salir con sus vestidos de saltimbanquis que eran los únicos que poseia.

Una hora despues volvió trayendo consigo un lio de vestidos y acompañado de dos hombres con provisiones para él, y heno y cebada para Tristan. Luego que se fueron los mozos, *Fenómeno* echó un buen pienso al caballo, tomó el algun alimento y volvió á emprender su obra con ardor.

CAPITULO IV.

EL CUARTO DE LA REINA.

Al dia siguiente al en que Teodoro de Beza habia conducido al picadero del *Fenómeno vivo* á sus tres amigos y á Juana, el ministro, despues de saber de Juan Goujon todo lo que habia pasado, seguia pensativo el camino del Louvre, discuriendo de que medios se valdria para hacer estallar con buen éxito sobre la cabeza del baron des Adrets la tempestad que le preparaba. Iba tan embebido en sus ideas que abandonó las bridas de la mula, que marchaba por donde queria.... De repente el animal tropieza, cae y arrastra al ginete en su caída, al mismo tiempo numerosas carcajadas resuenan en rededor. Teodoro de Beza levanta la vista: era el jóven rey Carlos IX que de una cuchillada acababa de degollar á la mula.

Al reconocer á Teodoro de Beza y al advertir sobre todo el descontento pintado en el austero rostro del ministro, el rey dió treguas á la risa y se reunió á sus pages, para levantar al anciano.

—Perdonadme, padre, le dijo, pero jamas hubiera creido que bajo las enormes alas de ese sombrero, que os oculta el rostro, se escondiera la fisonomia respetable de uno de nuestros mas queridos y amados vasallos. Vuestra cabalgadura alargaba el pescuezo de una manera tan provocativa que, recordándome los dias de mi juventud, no he podido resistir á la locura de degollarla de un tajo, por lo demas esta aventura tan aciaga para vos, es muy albagüeña para mí, porque nos proporciona á mí y á la reina mi madre el placer de teneros una ó dos horas en el Louvre, placer que tan raras veces disfrutamos. Dadme el brazo y venid; entretanto mis pages os elegiran las dos mulas mejores de mis caballerizas en cambio de la que ya no existe. *Requiescat in pace.*

Diciendo esto, Carlos obligó á Teodoro á apoyarse en el brazo que le presentaba y le condujo á la habitacion de la reina, quien recibió con mucha gracia al gefe de la iglesia reformada.

—¿Qué pensamiento tan serio, padre mio, preguntó la reina, os absorbia de tal modo que no echasteis de ver que se acercaba á vos mi hijo tan loco, que mete tanto ruido, que nadie puede dejar de oír por donde vá?

—La reparacion de un gran crimen, la reclamacion á V. M. de un acto de justicia, señora.

—Decid el nombre del culpable, repuso la reina; nos sois demasiado querido, de Beza, para que puedan libertarle de nuestra cólera cualesquiera que sean su rango y su crédito.

Estas palabras fueron pronunciadas con un calor y una apariencia de buena fé, capaz de engañar al anciano, si no hubieran sido acompañadas de una sonrisa imperceptible llena de hiel é ironía; no obstante el ministro aparentó creerlas sinceras y contestó:

—Vengo á pedir justicia contra el baron des Adrets.

Aquí brilló en los ojos de la reina una alegría franca y dirigió á Carlos IX una mirada rápida de triunfo y de venganza.

—Hablad, padre; que os escuchamos como si estuviéramos sentados en nuestro tribunal de justicia.

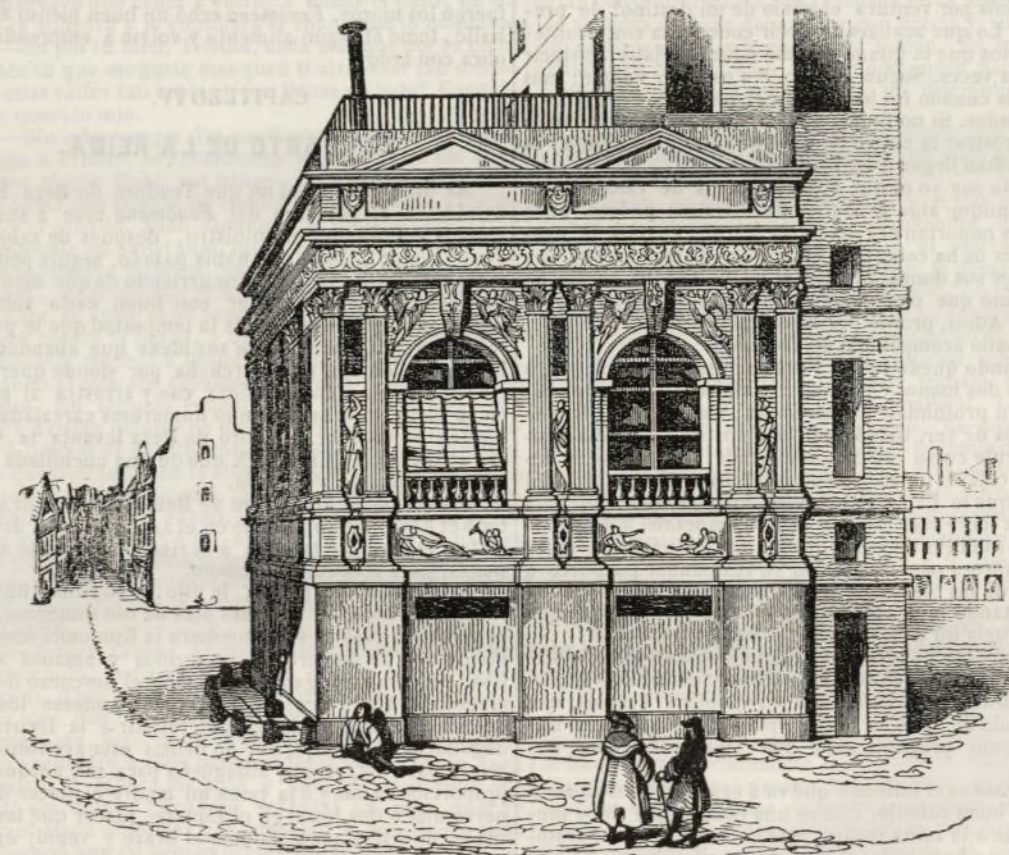
—Hablo en nombre del hijo de su muger, en nombre del legítimo heredero de la baronía de Montelimart. Acuso al baron des Adrets de haber intentado asesinar

villanamente á este jóven y de haberse apoderado dolosamente de sus dominios.

En seguida Teodoro de Beza contó estensamente el modo conque habia descubierto la existencia de Raoul entre los bohemios, como le habia reconocido Juana y las palabras que el jóven dijo la noche anterior á Juan Goujon y á Torcuato.

—No he querido entrar yo en relaciones personales con el jóven para que de este modo brille la verdad con toda su fuerza. Mande V. M. conducir á su presencia, por una parte al baron Raoul y su nodriza, y por otra al baron des Adrets y á su esposa, que sé han llegado á Paris, que ni unos ni otros sepan el objeto de esta entrevista; el cielo y vuestra sabiduría harán lo demas.

—Sea así, dijo la reina, que veia en este pensamiento el doble placer de una escena de intriga unida al de vengarse del baron des Adrets, contra quien le animaba un sentimiento visible de odio. Que venga el gran preboste de palacio!... Marchad inmediatamente á la habitacion de Beza, donde encontrareis una muger lla-



Antigua fuente de los Inocentes.

nada Juana que conducireis aquí, cuidando de que no hable con nadie. Entretanto una partida de vuestros caballeros irá á buscar al juglar llamado *el Fenómeno vivo*, cuya morada está cerca de la Fuente de los Inocentes, y lo traerán aquí igualmente. Por último, enviareis al baron des Adrets esta orden que vá á firmar el rey

de su puño, por la que se le manda al dicho señor baron que comparezcan él y su esposa inmediatamente ante nuestra presencia. Marchad.

El gran preboste recibió la orden firmada por el rey y partió.

Luego que se alejó, la reina invitó á Teodoro de Be-

za á que pasára á la cámara inmediata; obedeció éste y entonces Catalina de Médicis y Carlos IX se echaron á reir con una espresion, que tenia un no sé qué de infernal.

—¡Pobres hugonotes! dijo la reina, ellos mismos vienen á entregarse los unos á los otros. Este baron des Adrets medio protestante y medio católico, que ha apostatado dos veces de las dos creencias, rehusaba hace poco tomar parte con nosotros en el gran golpe de mañana por la noche contra los reformados. Le era imposible, según decía, sacar la espada contra los que llamaba hermanos poco hace. Escelente escrúpulo para un infanticida y para un usurpador de una baronía. Es preciso que se presente aquí, ó sino, Carlos, le quitaremos sus bienes para dárselos á ese jóven que dice Teodoro de Beza, sea realmente ó no el legítimo heredero. Si es católico, tanto mejor; si protestante, pronto le heredaremos nosotros.

Mientras que hablaba así, sus ojos centelleaban como los de un tigre que acecha su presa.

CAPITULO V.

LA ESTÁTUA.

Interin se preparaba una crisis tan decisiva en su destino, *Fenómeno*, entregado esclusivamente á la obra que Juan Goujon le encargó, habia hecho venir un modelo y trabajaba con una actividad que jamas tuvo aun en las horas de su mas ardiente entusiasmo. La sangre se agolpaba á su rostro, el sudor cubria su frente y su respiracion interrumpida salia con dificultad de su ancho pecho. A cada momento deshacia lo que acababa de hacer; nada le llenaba y el barro parecia rebelarse bajo sus dedos. Sin embargo la estatua fué tomando poco á poco forma, y cuando llegó la noche, el artista lleno de inspiracion, concluyó su bosquejo.

Entonces se retiró hácia atras para considerar su obra. Presto sucedió el desaliento mas profundo á la animacion de sus facciones y arrojando los moldes lejos de sí.

—Esto no vale nada, dijo suspirando, he hecho un hombre debiendo hacer un Dios; este es un vivo y no un moribundo. Cuando Juan Goujon vea esto se reirá de lástima y dirá: «Me he engañado; este hombre no sirve sino para saltar á caballo; ¡maldicion! ¡maldicion!»

—Señor, dijo el modelo cogiendo sus vestidos, que se habia quitado para colocarse delante del escultor, ¿he de volver mañana?

—Entre el paso de la vida á la muerte, continuó *Fenómeno* sin escucharle, debe haber dolores misteriosos, efectos sublimes, que el arte no puede adivinar, y ni tal vez reproducir.... Me seria necesario ir á estudiar estos arcanos á la cabecera de algun moribundo.... ¡Y mañana vendrá Juan Goujon!.... Si, lo conozco; si la estatua estuviera ejecutada como yo la concibo, si la existencia y el no ser se pintáran á un mismo tiempo en sus miembros palpitantes, si la cabeza se inclinára realmente para espirar, yo sorprenderia y arrebataria entonces su secreto á la naturaleza y crearia una obra grande y llena de verdad... Vamos á ver, colócate, dijo áasperamente al modelo que empezaba á vestirse. ¡Afue- ra esos vestidos!

El modelo miró á *Fenómeno* y le dió miedo.

—Maestro, la noche está encima y estoy muy cansado.

—Colócate te digo, y procura manifestar en todos tus miembros el desfallecimiento de la muerte.... Nada nada, esto no sirve ¡Y la hora se acerca! ¡Y el tiempo se pierde! Y yo lo concibo, y sin embargo no puedo ejecutar nada! ¡Y yo esperaba adquirir gloria y no ha-

llaré sino vergüenza! Mañana Juan Goujon me confundirá con su compasion y desprecio! Vamos miserable, ponte como te mando ó ¡tiembla!

El modelo pálido y trémulo procuró obedecer, pero era tal su terror que perdió el conocimiento.

Un rayo de alegría brilló en los ojos del escultor.

—¡Esto es! exclamó, ¡cómo embarga sus miembros el desfallecimiento! su rostro qué desencajado! Esto es lo que yo queria, ea, manos á la obra.

Y se puso á trabajar con una prontitud y rapidez increíbles... Con un poco mas de tiempo se hubiera concluido la estatua, pero el modelo empezó á volver de su desmayo.

—¡Quieto! le gritó *Fenómeno*, ¡quieto! no te muevas!

Pero el modelo vuelto en sí dejó su postura y quiso huir.

—¡Quieto ahí! que yo te lo mando repitió el artista sujetándole.

—¡Dejadme! ¡dejadme! ¡socorro! ¡socorro!

—¡Y qué! ¿no he de concluir mi estatua? gritó con un rugido el enano apretando á la pobre criatura entre sus manazas ¡quieto ahí ó te mato!

—Un temblor convulsivo se apoderó de todos los miembros del infeliz.

—¡Socorro! gritó ¡socorro!

Durante esta lucha, *Fenómeno* habia cogido un puñal y lo tenia levantado sobre el pecho del modelo. Sea que este al querer desasirse se arrojó sobre el hierro aguzado, sea que el escultor en su enagenacion le dió con él, el resultado fué que se oyó un ruido sordo seguido de un suspiro, y un cadáver cayó nadando en sangre á los pies del artista. Este fuera de sí, aturrido, delirante, volvió á tomar sus moldes y se puso á trabajar delante del cuerpo que luchaba en las últimas convulsiones de la agonía.

Esta horrible escena duró cerca de un cuarto de hora, cuando *Fenómeno* oyó llamar á la puerta, y vió al traves de las ventanas de su habitacion el resplandor rojizo de numerosas antorchas.

—En nombre del rey, abrid.

A estas palabras el enano volvió en sí. Comprendió toda la estension de su crimen, y por un movimiento maquinal de terror y remordimientos, fué á refugiarse detras de su caballo, mientras que cansados de llamar inutilmente los soldados del preboste tomaron el partido de echar la puerta á tierra.

El primer objeto que se presentó á su vista fué el cadáver ensangrentado que yacia en medio de la estancia.

—¡Una muerte! gritó el gefe de la partida ¡un asesinato! ¡qué horror! Que se rodee la casa de modo que el agresor no pueda escaparse. Sin duda que monseñor el preboste de palacio tenia ya noticia de este crimen y por eso nos ha enviado aquí en busca de ese infame bohemio. Cojido in fraganti, una buena cuerda dará pronto cuenta de él. Empezad las pesquisas.

Dando esta orden se acercó el mismo hácia el sitio donde *Fenómeno* estaba escondido.

—Hé aqui el culpable, gritó, apoderaos de él; y quiso darles el ejemplo, pero una coz de Tristan le undió el pecho al querer cojer al enano. Despues el terrible animal, sin dejar de servir con su cuerpo de muralla á su amo, puso fuera de combate á patadas y mordiscos atroces á otros cinco ademas del gefe. Éra un espectáculo grande y espantoso á la vez, ver al monstruoso caballo saltar por encima de soldados armados, tirarlos al suelo y patearlos despues. Recobrado de su primer temor *Fenómeno*, acudió á la ayuda de su defensor; entonces empezó una batalla en regla, durante la cual no se oia mas que los relinchos del caballo, los gritos de *Fenómeno*, los ayes de los heridos y las detonaciones de los arcabuces. Despues de una larga y de-

esperada lucha, la victoria quedó por el número; Tristán herido por dos ó tres balas, cayó espirando á los pies de su amo y éste, habiéndosele roto el puñal, única arma que tenía, fue cojido, atado y conducido al Louvre, en medio de los gritos del populacho que el ruido del combate había atraído de todas partes.

CAPITULO VI.

COMPARECENCIA.

El baron des Adrets no se sorprendió al recibir la orden para que él y su esposa se presentaran delante del rey. Al separarse de la reina madre por la mañana, había leído en los ojos de esta que una venganza pronta seguiría á la negativa con que valerosamente había rechazado una proposición horrible; por que á pesar de ser tan cruel, era capaz de alguna generosidad que callaba solamente ante sus graves intereses personales.

Pero si no experimentaba sorpresa, en cambio sufría la inquietud mas cruel, temblando tanto mas el golpe que le amenazaba, cuanto menos preparado estaba á él, y por consiguiente no sabía como separarlo de su cabeza. A pesar de sus conjeturas sobre cual podría ser el pretexto para este llamamiento, nunca pudo acertar el motivo verdadero. No conoció la causa hasta que se halló en presencia de Juana.

—Se trata de Raoul, dijo para sí, esta muger ha sabido como me desembaracé del niño y lo ha contado todo ¿pero como ha penetrado hasta aqui? Ah, ya veo á Teodoro de Beza, todo está explicado. Este ha querido perderme ¡infeliz! no sabe que puedo apartar de mí la tempestad y hacer que estalle sobre los insensatos que intentan mi ruina.

Entretanto el rey y la reina subieron silenciosamente al trono; Teodoro de Beza de pié á su derecha, y detrás de él Juan Goujon, Miguel Montaigne y el jóven Torcuato que habían sido conducidos por Teodoro. El baron des Adrets y su esposa se sentaron al lado opuesto; Juana quedó en medio de la sala, sin que la presencia de asamblea tan temible la intimidara de algun modo.

—Baronesa des Adrets, dijo, nosotros os suplicamos que alceis vuestro velo y nos digais si conocéis á esta muger.

El baron tuvo que descubrir el rostro de su esposa porque ella permaneció inmóvil.

Á la vista de sus facciones pálidas, desencajadas y de una rara belleza, un sordo murmullo se esparció entre los espectadores; Juana se arrojó á los pies de su señora.

—¡Oh ama mia! reconocedme, exclamó, porque se trata de vuestro hijo, del infeliz niño, cuyas desgracias os han sido tan funestas. Reconocedme, señora, reconocedme.

Ninguna emoción alteró la impassibilidad de la figura helada de la baronesa, ni siquiera bajó los ojos para mirar á la que así le suplicaba.

—¿Y á mi, señora no me reconocéis tampoco? preguntó Teodoro de Beza ¿No os acordáis del día en que bendijé vuestro casamiento en el castillo de Rochecorbon?

La estatua humana no hizo ningun movimiento.

—Puede ser que otro personaje seamos dichoso, dijo el rey, que tomaba en esta escena todo el interés que se tiene en el desenlace de una novela, ¡ola!

A estas palabras se descorrió una cortina y *Fenómeno* se presentó. Deslumbrado por las luces y sorprendido de hallarse de repente en presencia del rey y la reina á quienes reconoció enano, abrumado además por el crimen que acababa de cometer y la lucha que había sostenido contra los que fueron en su busca, arrojó á su

rededor una mirada feroz y salvaje; pero cuando Juana derretida en llanto se acercó á él gritando:

—Raoul, Raoul.

Todo lo olvidó y se precipitó en los brazos de su nodriza.

—¡Sois vos! Juana, sois vos. Oh! si, os reconozco. Mi cabeza debilitada por el sufrimiento recuerda ahora cosas que mis trabajos habían borrado enteramente de mi memoria. Juana, mi buena Juana!

La reina madre y el rey no podían estar quietos en sus asientos; Teodoro de Beza triunfaba; Juan Goujon y Torcuato se enjugaban las lágrimas; Montaigne se escondía detrás de sus compañeros, solamente el baron des Adrets permanecía indiferente á este reconocimiento como si nada le interesara.

Cuando Raoul se desprendió de los brazos de Juana miró una por una á todas las personas que le rodeaban. Al llegar al baron, la cólera y el aborrecimiento se pintaron en su semblante:

—He aqui mi asesino! he aqui el infame que me ha arrojado desde lo alto de una roca al fondo de... No concluyó la frase porque acababa de reconocer á su madre; cayó de rodillas, estendió las manos hacia ella queriendo decir «¡Madre mia!» pero no tuvo fuerzas para articular esta palabra.

La baronesa volvió maquinalmente los ojos hacia él; sin embargo nada alteró la lugubre inmovilidad de sus facciones y aun se podía creer que á pesar de tener la vista fija en Raoul, no le veía. Pero cuando el desgraciado jóven pudo al fin exclamar ¡madre mia! alguna cosa rara pasó por ella; fuertes convulsiones agitaron todo su cuerpo, por un movimiento rápido llevó las dos manos á la frente como si le atormentara un dolor repentino, finalmente cayó desmayada.

—¡Madre mia! repetía Raoul sosteniéndola. ¡Madre mia! una mirada, una sola mirada para vuestro hijo.

El jóven consiguió esta mirada. Vuelta en sí de su emoción la baronesa, dejó caer la cabeza sobre el hombro de Raoul y dos arroyos de lágrimas brotaron de sus ojos. Estas eran las primeras lágrimas que derramaba desde el día de los fatales acontecimientos de Rochecorbon.

Juana de rodillas daba gracias á Dios y á los santos del milagro que acababan de hacer.

—Y bien, baron des Adrets ¿que decís de todo esto?

—Digo que este jóven es el baron Raoul de Montelimart, de quien no había podido descubrir el paradero.

—Y ¿estais tan satisfecho? dijo la reina sorprendida de la calma y sangre fria del baron.

—¿Y porque no señora? Bendigo con todo mi corazón la aparición de Raoul pues á él debe el recobro de su razón la que ha estado privada de ella tantos años. Venid hijo mio, os ofrezco mi mano.

—¡Vos! ¡mi asesino!

—¿No habeis derramado nunca la sangre de vuestros semejantes, jóven para mostrarnos tan severo? preguntó con voz solemne el baron, á quien Montaigne había hallado ocasión de referir al oído el asesinato que Raoul acababa de cometer.

Al oír estas palabras que le recordaban su crimen, Raoul se estremeció de arriba á bajo é inclinó la cabeza.

—Señor, continuó el baron, y vos señora yo os pido de rodillas el perdón del jóven baron de Montelimart, que, en un momento de delirio, ha dado de puñaladas á un infeliz que le servía de modelo. No queráis dejar caer el peso de la justicia sobre el que la providencia ha libertado de tantos peligros; no me impidais la reparación de los agravios que le he hecho y de que tanto me arrepiento.

—Se hará segun lo pedis, ¿no es así hijo Carlos? contestó la reina que procuraba leer en el rostro del

baron lo que pasaba en el interior de este hombre. Concedemos carta de perdon pleno y entero al baron Raoul de Montelimart.

—Una vida entera de penitencia no bastará para espiar mi crimen, respondió Raoul, no es por mí por quien doy gracias á VV. MM. sino por mi pobre madre, por Juana, por la buena Juana.

—¿Hablais de penitencia, jóven, tendrías acaso la intencion de entrar en un convento?

—No puedo, señora, pertenezco á la religion reformada.

La reina miró al baron des Adrets, y entonces penetró todo el misterio.

—Doy las gracias á V. M., dijo este con amargura arrodillándose delante del trono por los beneficios que desde esta mañana estoy recibiendo de V. M. y así podeis contar con una obediencia sin límites de mi parte.

Esta última frase la pronunció con una intencion muy marcada y despues continuó.

—Baron Raoul, venid otra vez á mi casa con vuestra madre y con Juana. Las órdenes de S. M. la reina que recibí esta mañana me tendrán fuera de casa hasta mañana á media noche; entonces nos volveremos á ver. En cuanto á vos señor Teodoro de Beza os estoy sumamente agradecido por el celo que habeis manifestado en este negocio y espero daros pronto pruebas de mi reconocimiento, lo mismo que á Maese Juan Goujon. Ambos me habeis servido creyendo perjudicarme; nada importa la intencion con tal que los resultados sean felices. Adios.

Se esplicaba con una apariencia de buena fé tal, que el ministro y el escultor salieron convencidos del sincero agradecimiento del baron; Montaigne que los seguia les dijo con aire de misterio.

—Acordaos de mi cuento del lobo y el cordero, salid los dos inmediatamente de Paris y ganad á toda prisa alguna ciudad fuerte que esté en poder de los protestantes.

Y desapareció.

Juan Goujon se encojió de hombros y se fué á su taller en el Louvre con intencion de acostarse para ponerse á trabajar temprano el dia siguiente.

Teodoro de Beza penetrado de la sinceridad de las palabras de Montaigne volvió á su casa, se puso los vestidos de soldado que llevó al picadero el dia anterior, montó sobre su mejor caballo y partió para Rochecorbon seguido de criados fieles y seguros.

CAPITULO VII.

DESENLACE.

La noche del dia siguiente, la noche de san Bartolomé, dos hombres con un capirote cubierto de grandes cruces blancas, se encontraron á los alrededores del Louvre; se reconocieron y se juntaron apresuradamente; los dos estaban pálidos, llenos de horror y de espanto. Eran Montaigne y Torcuato.

—Demasiado habia yo previsto esta horrible noche, dijo Montaigne agarrando del brazo al jóven italiano. ¡Insensatos! ¿porque no me habrán creído? ¿porque no han huido á tiempo? Es preciso sin embargo tratar de salvar á Juan Goujon, por él he salido de mi casa, porque aunque soy tímido y prudente en los sucesos ordinarios de la vida, tengo no obstante corazon y aun temeridad cuando se trata de la vida de un amigo.

—¡Viva! ¡viva! gritaron muchas voces, y los dos amigos se vieron rodeados de soldados furiosos mandados por el baron des Adrets. Este reconoció á Montaigne.

—Detenéos, detenéos! ¿No veis la cruz blanca que llevan estos caballeros? Además son amigos míos. Estamos en paz señor de Montaigne. Vos me hicisteis un servicio cuando tenia mal juego haciéndome sabedor del asesinato cometido por Raoul; esto hizo variar el aspecto del juego y me hizo ganar la partida; en cambio yo os salvo ahora. Estamos en paz, repito. Tengo sin embargo que ajustar cuentas con otros; Teodoro de Beza se marchó ayer y lo siento á fé mia, pero aun queda alguna caza para estos lebreles. ¡Soldados, á mi casa! No forceis las puertas, aqui están las llaves.

El tropel armado siguió al baron, arrastrando consigo en su torrente impetuoso á Montaigne y Torcuato.

Se detuvieron delante del palacio del baron un momento, y en seguida los soldados penetraron dentro. De repente se oyó un grito y tres personas aparecieron en el balcon luchando con los asesinos. Eran Raoul lleno de puñaladas, su madre y Juana, que procuraban defenderse. Raoul y su madre fueron precipitados al suelo desde el balcon y cayeron á los pies del baron des Adrets. Juana quedó sola.

—Vamos saltarina, vamos á ver si tienes tanta suerte como en Rochecorbon, le gritó el baron embriagado de sangre y de carnicería.

—Juana se persignó.

—Yo soy católica, dijo, católica como mi noble señora á quien acabais de asesinar, vos, que sois su marido, vos, que debiais protegerla. No teneis ningun derecho sobre mi vida, pero mi noble amo ya no existe, ahí yace al lado de su madre, mi deber como fiel criada, es reunirme con ellos. A dios baron, el infierno para vos, para mí el cielo!

Al decir esto se arrojó y fué á espirar al lado de los cuerpos inanimados de Raoul y de su madre. (1)

Cuando Miguel de Montaigne y Torcuato, abandonando esta espantosa escena, pudieron llegar al Louvre en busca de Juan Goujon, ya era tarde; el mismo rey Carlos IX habia tirado un arcabuzazo al célebre escultor que estaba trabajando en un andamio.

Montaigne y Torcuato se miraron consternados uno á otro.

—¡A Dios! dijo el jóven italiano apretando la mano de Montaigne, á Dios! ahora mismo quiero huir de este horrible pais en que se asesina en nombre del cielo. Me vuelvo á la hermosa Italia, á Ferrara, cerca de la princesa Leonor de Este. Allí la felicidad y la gloria me harán menos amargos los siniestros recuerdos que llevo de Francia. Adios ¿no nos veremos en mi patria alguna vez?

Así lo espero, contestó Montaigne. Cuando me lo permitan estos tiempos de discordia, yo iré á visitaros. Adios.

Con efecto, se volvieron á ver en Italia, en Ferrara, pero fué en un hospital de locos.

Uno de estos se llamaba Torcuato Tasso.

ENRIQUE BERTHOUD.

(1) Antes de la revolucion de 1793 habia un Cristo de bronce de tamaño natural y de una ejecucion admirable en una de las salas del Louvre. Este Cristo atribuido generalmente á Juan Goujon ó á Miguel Angel, aunque con muy mal criterio por ser de un género muy distinto que el que caracteriza á estos dos maestros, tenia escrito sobre el brazo derecho de la cruz que le sostenia: *Fenómeno*. En mucho tiempo no se supo explicar esta palabra, que sin duda no era otra cosa que la firma de Raoul de Montelimart, conocido por *Fenómeno*, sea de esto lo que quiera, el Cristo del Louvre fué fundido en 1793, juntamente con las campanas de la iglesia y convertido en cañon.

LOS BEDUINOS Ó ARABES DEL DESIERTO.

Dos son las clases en que puede considerarse divididas las razas principales ó mas notables de los árabes; los que cultivan las tierras unos y los beduinos errantes ó nomadas. Estos últimos viven en un estado casi salvaje y su espíritu fanático conserva con el mas piadoso cuidado sus antiguas creencias y costumbres. No es de estas la menos notable y singular la que les escita á variar continuamente de domicilio, ó mas bien, la inconstancia de estas hordas para vivir y permanecer en un punto fijo.

El conjunto de las tiendas de una tribu se llama *dowar* ó *aduares* y estos son de forma circular. Cada *aduar* tiene su gefe que es electivo y llaman *scheick*. No usan mas que dos clases distintas de armas. La *sagaie* que es una pica de extraordinaria longitud y de la que se sirven con una destreza y una fuerza admirable, y el *yathaghan*, cuchillo prolongado y curvo en forma de puñal y que llevan casi siempre atado á su brazo derecho.

De entre todas sus costumbres que son dignas de referirse y que no podemos verificarlo por los cortos límites de este artículo, observan una de que queremos hacer mencion y que no carece de singularidad. Es esta la ceremonia que celebran para contraer el sagrado lazo del matrimonio.

Cuando un beduino ha fijado su pensamiento sobre la muger que le conviene por esposa, se dirige á visitar al padre de la futura, y le hace relacion del número de caballos, ganado vacuno y aves que puede darle en cambio de su hija. Estipuladas las condiciones se verifica inmediatamente el matrimonio; el beduino corre á su tienda á buscar lo que ha ofrecido en recompensa de la

que le van á dar por esposa, y entregado que es, participa el padre á su hija lo que pasa, y ésta sin réplicas ni oponer objecion alguna, está en la obligacion de cubrirse con un albornoz blanco y recibir de esta manera á su esposo, que le manifiesta lo que le cuesta su posesion. A lo que contesta la desposada que no cuesta nunca demasiado una muger virtuosa y sumisa, en seguida se acuesta á descansar mientras recibe las felicitaciones solemnes de las demas jóvenes; despues monta sobre un fogoso caballo árabe, y corre á la tienda de su marido, escoltada por todas sus compañeras que pueblan los aires con sus gozosas exclamaciones. Apenas llega á la habitacion conyugal, se entrega á la novia una rama de árbol que clava en la tierra; lo que significa que asi como aquel vástago no puede salir de la tierra sin arrancarlo, tampoco debe la muger abandonar á su marido sin que este la rechace. Despues de esta ceremonia, toca sucesivamente con la mano todos los muebles y objetos de la casa, asi como cada uno de los ganados y caballos, en señal de posesion.

Casada ya y desde este momento, se cubre el rostro durante un mes, con una máscara de tela en la que hay practicados distintos ahugeros que le sirven para comer y respirar. Durante todo este tiempo no puede salir de la tienda de su marido y se entrega á la mas completa soledad.

El grabado que acompaña á este artículo representa un alto de una caravana en el instante en que se entregan al baile. Libre y descuidadamente sentados los gefes del convoy, reposan de las fatigas del viage, fumando en sus largas pipas los unos, comiendo gravemente los otros, y disfrutando en tanto del espectáculo de la danza con mas placer si es posible, que el que experimenta un elegante reclinado en su luneta contemplando los aereos saltos de las esbeltas bailarinas, en las representaciones de los fantásticos bailes de nuestros dias.

